

DONATIVO
DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1879

LAS MISIONES CATÓLICAS

Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

Se publica el 15 de cada mes

Año VII.—Sábado, 14 Octubre 1899.—N.º 154

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

✠ REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona ✠



NOVIEMBRE

1899

220

ZANGUEBAR (*Africa Oriental*).—CON EL FILÓSOFO BONI

Dibujo del Ilmo. Le Roy. (*Pág. 222*)

Ayuntamiento de Madrid

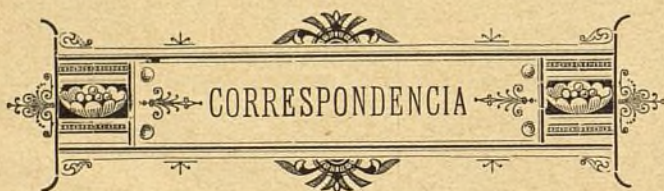




Texto.—CORRESPONDENCIA: China, Tonkín Occidental, Patagonia Septentrional.—Los PIGMEOS, por el Ilmo. Le Roy.—EL CARDENAL VIVES —RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.—UN VERANO EN EL JAPÓN BOREAL —VARIEDADES: El árabe ciego.

Grabados.—ZANGUEBAR (*Africa Oriental*): Con el filósofo boni.—EL EMMO. CARDENAL VIVES (P. LLEVANERAS).—ZANGUEBAR (*Africa Oriental*): Interior de mi habitación.—PENSANDO EN SUS DIFUNTOS.—LA COMPATRONA DE ESPAÑA.—CLAVÍCULA IZQUIERDA DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS.—CORREA Y PAÑITO CON SANGRE DE LA SANTA MADRE TERESA DE JESÚS.—YESO (*Japón*): Un país aino. Pasando un río.—DESIERTO DE LAS PALMAS: Vista exterior del célebre monasterio de Padres Carmelitas de este título; Ruinas del monasterio viejo, hoy deshabitado.—Ilustraciones de la novela *El Cruzado*.

CON LICENCIA ECLESIASTICA



LA PERSECUCIÓN EN CHINA

El Rdo. P. Mathon, director del Seminario de Misiones Extranjeras de París, ha recibido del Ilmo. Chausse, prefecto apostólico del Kuang-tong, la carta que á continuación publicamos, escrita por el Rdo. P. Guillermo, misionero de Chin-Nenn. Esta prefectura continúa siendo teatro de parciales desórdenes. Son esta vez los afiliados á la secta *Triade*, los cuales divididos en grupos roban y queman las poblaciones. La verdadera causa de estas calamidades es la miseria; la sequía que ha sucedido á devastadoras inundaciones ha destruido las cosechas. La desesperación hace presa de aquellas miserables gentes. Ladrones y piratas completan este cuadro de desorden.

CÚMPLASE la voluntad de Dios y sea bendito su nombre santo!

El miércoles 27 de Junio debí apelar á la fuga. Amotináronse los Sam-tiam-fuy, y hube de huir á toda prisa. Cruel persecución devasta el distrito en que residí. Gracias á varios cristianos pude trasladar á la capital parte de los objetos que poseía. La emoción, las continuas alarmas, el insomnio, los relatos de mis desgraciados cristianos, la incertidumbre del porvenir, el asfixiante calor que padecí escondido en el último rincón de la tienda de un generoso neófito, que gustoso me albergaba, acabaron con mi buena salud; enfermé. Cúmplase siempre la voluntad de Dios.

De antiguo repetíase que los Sam-tiam-fuy eran numerosos en esta subprefectura; pero nadie soñaba en la posibilidad de una sublevación. El próximo pasado miércoles, sin que nadie pudiera sospecharlo, estalló de súbito cual por arte mágica, y extendióse por los alrededores con más velocidad que el fuego en reguero de pólvora.

El lunes siguiente los agentes encargados de la persecución de los principales rebeldes, intentaron obligar á varios pacíficos chinos á entregarles algunas *pias-tras*. Esta fué la causa de fuerte tumulto. Los revoltosos formando numeroso grupo dirigiéronse contra ellos, sitiaron la casa donde se habían refugiado, la incendiaron y dieron muerte á 18 de los 32 que en ella encontraron. Estos sucesos desarrolláronse durante la noche del lunes al martes en Sam foungh-chou.

Al siguiente día avanzaron los Sam-tiam-fuy hasta pocos kilómetros de la capilla donde residí. Repetido, interminable surgía del compacto grupo el grito de «¡Mueran los extranjeros! ¡mueran los fieles á las religiones perversas!»

Bueno será indique que en esta región los protestantes han usurpado nuestro nombre, de manera que los chinos no pueden distinguir los católicos de los reformados. Esta es la causa por la cual el pueblo nos hace víctimas de la cólera que contra los protestantes abriga.

El día 27 de Junio fueron incendiados los establecimientos protestantes de Supiang, distantes 8 *lys* (3 kilómetros) de mi residencia. La siguiente mañana robaron numerosas tiendas propiedad de católicos, situadas todas á lo largo de May-pie-Chie: fué totalmente destruido por las llamas el pueblo cristiano de Cha-tse-liang: en él poseía una escuela y varios pares de búfalos. Escuela y mobiliarios quedan hoy reducidos á escaso montón de cenizas juguete del viento. Los ladrones vendieron los búfalos. Afortunadamente mis queridos neófitos pudieron huir: á no haberlo conseguido, indudablemente mueren á manos de los rebeldes. Era éste el único pueblo cristiano: en él vivían 18 familias, reducidas actualmente á la más absoluta miseria, y sin humano medio para librarse de ella.

No satisfechos con los anteriores primeros ensayos, intentaron los Sam-tiam-fuy quemar las casas de los demás cristianos. Pasados algunos días ofrecieron regular cantidad al que presentara sus cabezas; pero avisados por fieles amigos pudieron refugiarse en seguro albergue.

Esto es cuanto actualmente sé de la nueva persecución: desde ayer que no he recibido noticia alguna. Dícese que por ahora los Sam-tiam-fuy limitanse á exigir fuerte suma á cuantos en los alrededores disfrutan de desahogada posición social. Y preguntaréis, ¿qué hacen las Autoridades? Parece han perdido el entendimiento: la ciudad está noche y día perfectamente custodiada, pero no tiene un hombre para oponer á los rebeldes. Pidieron soldados. Pero ¿cuándo llegarán?... La situación es muy grave, y temo la completa destrucción de la mitad de estos distritos. Los fugitivos cristianos no pueden por ahora regresar á sus casas, pues serían asesinados. Yo refugiado en la ciudad no corro peligro, pero dícese que pululan por el campo numerosos Sam-tiam-fuy, y que si me atrevo á salir podré difícilmente escapar de la muerte. Nada, dicen los rebeldes, será capaz de librarme de sus manos.

Las calamidades todas parecen haberse conjurado contra mi pobre distrito. Largos años hace véndese el

arroz á muy elevados precios. Después de la sequía interminable, sobrevinieron tan grandes inundaciones, cual nunca viéronse en este país. Pasan de 120 los diques destruidos por su empuje violento, que devastó los arrozales y redujo á la miseria á millares y millares de familias, cuya única fortuna era el muerto arrozal. Mi capital queda reducido á doce piastras. La necesidad cruel me obliga á suplicaros socorráis las necesidades de mis pobres cristianos que todo lo han perdido.

TONKÍN OCCIDENTAL

Los leprosos de la provincia de Thanh-Hoa

Al remitirnos la siguiente carta nos escribe desde Hanoi el vicario apostólico del Tonkín Occidental Ilmo. Gendreau:

«Atrévome á remitir la adjunta carta que me ha dirigido mi coadjutor el Ilmo. Marcou, obispo de Lysiada. Atendiendo la aflictiva situación por que atraviesan los leprosos de la provincia de Thanh-Hoa, agradeceré profundamente se sirva publicarla. Los lectores de las *Misiones Católicas*, espero confiadamente se apiadarán de estos infelices y querrán ayudarles.

«Nuestra Misión atraviesa época de dura prueba moral y material: no obstante, la restauración de estas cristiandades anuncia-se con auspicios tan consoladores que la mano de Dios manifiéstase visiblemente.»

CONOCIDA es la suerte lamentable de los leprosos del Tonkín y Annam en las provincias que carecen de leprosería. Entre éstas cuéntase la de Thanh-Hoa, y tortura mi corazón el pensamiento de tantos infelices que viven y mueren entre los más atroces tormentos, sin que un rayo de dulce y sobrenatural esperanza vaya á consolarles.

Dos años hace instamos sin cesar al Gobierno pidiéndole la fundación de una leprosería en Thanh-Hoa, pero nulos han sido hasta la fecha los resultados obtenidos, é infundada sería la esperanza de obtenerlos mejores.

¿Deberemos, pues, renunciar á recoger estos desgraciados, á aliviar parcialmente su pobreza, á enseñarles que hay otra patria mejor, donde les conducirán los actuales sufrimientos sobrellevados con cristiana resignación? No. Conozco las abrumadoras cargas que actualmente pesan sobre la católica caridad, pero atrévome á extender confiado la mano y pedir por los pobres leprosos de la provincia de Thanh-Hoa.

Actualmente numerosos ingenieros recorren en todas direcciones este país: háblase de ferrocarriles, de carreteras, canales, etc., etc., que contribuirán á aumentar el progreso material de estos pueblos y ciudades. Bueno, muy bueno es todo esto; pero ¿qué harán mis pobres leprosos? ¿quién cuidará de ellos?

Hace poco tiempo supe, pues llegó á ser del público dominio, un hecho increíble, que evidencia la manera como son tratados los leprosos. Uno de estos desgraciados vivía de limosna en su pueblo natal; un día sus parientes resolvieron desembarazarse de él: obligáronle á embriagarse, y durante el sueño lo ataron y encerraron en un ataúd. Despertóse el pobre enfermo, y con el terror natural al hallarse encerrado entre aque-

llas cuatro tablas, empezó á gritar pidiendo socorro: sin conmoverse por las desesperadas súplicas del leproso, sus verdugos tomando el ataúd y corrieron presurosos á arrojarlo en profundo hoyo. Largas horas se escucharon los horribles gritos del infeliz paciente; nadie acudió á su auxilio; dejáronle morir entre los espantosos tormentos de aquel bárbaro suplicio.

Hechos como el que antecede, que en cualquier otra parte del mundo excitarían general repulsión, no son raros en este país, y ¡cosa extraña! nunca las Autoridades tienen noticia de ellos.

Varias veces he oído referir que los leprosos han sido conducido por sus parientes á lugares distantes de humanas viviendas, y allí los dejaron morir de hambre.

Por amor de Dios y por amor á estas infelices almas es menester que tales hechos sean imposibles, y la única manera de lograrlo es estableciendo una leprosería. Algunos miles de pesetas bastarán para levantar el indispensable edificio: la alimentación de un leproso cuesta aproximadamente cincuenta francos, y menos aún cuando ha perdido completamente el uso de sus miembros.

Que algunas almas generosas muestren su compasión por tantos infortunios: los desgraciados leprosos reunidos al rededor de un misionero se convertirán todos al Catolicismo, y todos pedirán al cielo colme de bendiciones á sus favorecedores, cuyos nombres bendecirán, pues ellos fueron el medio de que se valió el Señor para salvar sus almas y aliviar sus atroces sufrimientos corporales.

PATAGONIA SEPTENTRIONAL

La espantosa inundación del río Negro y las Misiones salesianas

Mientras llegan más detalladas noticias de la horrible catástrofe de que han sido víctimas las Misiones de la Patagonia Septentrional, publicamos la siguiente carta que el infatigable misionero salesiano R. P. Vacchina dirige al Rmo. Sr. D. Miguel Rúa, comunicándole las primera impresiones, que no pueden ser más dolorosas.

ESCRIBO con el corazón destrozado y las lágrimas en los ojos. Nuestras Misiones, que empezaban á caminar viento en popa, ya no existen. Una espantosa inundación del río Negro ha reducido á un montón de escombros los pueblos de Roca, Conesa, Pringles y Viedma, donde se concentraba toda la población de la Patagonia Septentrional, y en los que nuestra Pía Sociedad poseía edificios é intereses por valor de más de un millón de francos.

No lloro la pérdida de ese millón de francos; lo que me aflige y destroza mi corazón es el abandono en que necesariamente han de quedar tantas almas, tanta juventud que, sin nuestros pobres trabajos y nuestros colegios, han de ser víctimas casi seguras del vicio y de la impiedad.

Nos hemos visto obligados á presenciar el traslado de las perlas de nuestra casa, los enfermos de nuestro hospital, entre los cuales se contaba un infeliz agonizante.

Hemos tenido necesidad de hacer violencia á nuestros pobres huérfanos para que se acomodaran en las barcas encargadas del salvamento, pues se resistían con toda su alma á separarse de nuestro lado. ¡No puede imaginarse cuanto hemos sufrido!

El colegio de las Hijas de María Auxiliadora, en el que me fué preciso hacer valer mi autoridad para que se pusieran en salvo, formaba una interminable y conmovedora procesión de niñas llorosas, bastante mal vestidas, pues lo inminente del peligro no admitía espera, y en su mayor parte muertas de terror.

Inútiles fueron los esfuerzos del personal de la casa, que no se dió un momento de reposo para conjurar el peligro: la impetuosidad de la corriente era tal, que no había obstáculo capaz de contenerla: penetró como asolador torrente por todas partes, y en un momento lo anegó todo, así es que no tuve más remedio que abandonar nuestro *magnífico* edificio, con los pocos Hermanos que se habían quedado conmigo para extremar las medidas de preservación. Llamo *magnífico* á nuestro colegio, porque era la pacífica casa de los enfermos y de los huérfanos, y escuela de virtud y salvación.

Actualmente nos encontramos en Carmen de Patagones, al otro lado del río, sobre una pequeña colina desde la cual dominamos perfectamente el espantoso panorama que nos ofrecen los campos y ciudades inundadas.

De cuando en cuando se oyen sordos ruidos producidos por los edificios que se derrumban. La gente que, como nosotros, ha huido, se miran unas á otras como atontadas; sólo se oyen gritos y lamentos de desesperación. Se han visto desaparecer grandes fortunas hechas á costa de muchos trabajos y sudores, y es consiguiientemente muy justo el dolor de los desventurados que tanto se han afanado para formarlas.

Bueno es se sepa que el día del Señor no era santificado.

Para comprender nuestra aflicción, hay que añadir á lo expuesto, la incertidumbre en que nos encontramos respecto á la suerte que haya cabido á nuestros hermanos de Roca, Conesa y Pringles, de quienes no tenemos más noticias que las que corren de boca en boca; á saber, que en Roca, después de mucho luchar, tuvo que huir la gente, refugiándose setenta personas en dos vagones del tren que han sido rodeados por las aguas; y que en Conesa y Pringles los habitantes han huido á los montes. ¿Será verdad? Y aunque así fuera ¿cómo podrán resistir los rigores de la estación, faltándoles alimento y abrigo?

Nadie hace otra cosa más que rezar y llorar; siendo un espectáculo desgarrador oír las oraciones que las pobres huérfanas elevan entre sollozos al cielo, y con las palmas de las manos bajo las rodillas para aplacar al Señor.

LOS PIGMEOS

POR EL ILMO. LE ROY

OBISPO DE ALINDA, VICARIO APOSTÓLICO DE GABÓN, SUPERIOR GENERAL DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO Y DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA.

V.—CARACTERES INTELECTUALES

La inteligencia humana y las preocupaciones materialistas.—Caracteres intelectuales de los negrillos juzgados por sus caracteres físicos.—Idea que de la vida tienen.—Como buscando un salvaje encontré un filósofo.—¿Hombres ó gorilas?

ALGUNOS antropólogos se empeñan en no estudiar en el hombre más que aquello que no constituye la característica humana: su organismo y funciones materiales.

Otros inventando quimérica teoría, establecen el axioma no demostrado é indemostrable de que el hombre primitivo es un "gorila mal desbastado," que su inteligencia es igual á la de este animal, que moralidad y religión son preocupaciones, pero que de progreso en progreso llegó á la alta cima donde ellos orgullosos se colocan, y que no es otra cosa que el *summum* de la actual civilización. En consecuencia, todos los hechos estudiados deben explicarse en conformidad con esta teoría, y es curioso espectáculo ver esos hombres que hablan siempre en nombre de la ciencia, dogmatizar con tanto énfasis é intransigencia cual nunca no emplearon ni soñaron ninguno de los sabios doctores de la Edad Media, por ellos tan maltratados como desconocidos.

Sírvanos de ejemplo la siguiente descripción: "El antroipoide de Neander-thal ó de la Naulette, solitario y desnudo, entre una atmósfera espesa, sobre pantanosa tierra, empuñando un guijarro, vaga errante de selva en selva buscando plantas ó bayas comestibles..." *Mutum et turpe pecus*, dijo Horacio. Mudo y vil ganado que sólo habla al azar, sin entender lo que dice: estos tales no contentos con los precedentes disparates añaden: "Los salvajes africanos no pueden conocer la noche, y sólo expresan vagamente sus sentimientos por gestos ó ademanes (1)."

Admiración causa en el breve extracto precedente la precisión y convencimiento con que su autor, eco de tantos otros, habla y describe el soñado hombre prehistórico de Neander-thal; pero si el relato anterior es tan exacto como el que hace á continuación de las actuales poblaciones llamadas salvajes, y particularmente de los negros africanos "que no pueden conocer la noche" (increíble parece haya hombre se atreva á burlarse del público con tan sin igual tranquilidad), no hay para qué compadecernos de nuestros infelices predece-

(1) A. Lefèvre, *Les Races et les Langues*, p. 5-6.

sores. Posible es ser feliz siendo inteligente sin disfrutar de todas las comodidades, ni saber los minuciosos detalles de un profesor de la Escuela de antropología de París: prueba esta afirmación cualquier superficial ó concienzudo estudio, que sin preocupaciones ni falsas hipótesis, hagamos de los negros y de los negrillos, es decir, de los más humildes representantes de la humanidad.

Vimos anteriormente que ninguno de los caracteres físicos del negrillo puede citarse como prueba de escasa inteligencia. Talle, proporciones, facciones, no ofrecen argumento alguno: braquicéfalos lo son también los alemanes del Sud, los auvernios, rusos, turcos, mongoles, cretones y vascos: y si tuvieran una mínima capacidad

riedad, que nos impulsa á colocarnos los primeros en la escala intelectual, y que colocamos á los demás en lugar tanto más bajo cuanto menos se nos parecen.

Esta impresión que experimenté con desusada fuerza en el encuentro y conversación tenidos con los bonis del bosque de Sokoke, y que en parte dejo referidos, experimentélos también en la Costa Occidental, visitando los varios campamentos de negrillos que pude encontrar. Resumiendo: carecen estos pueblos de academias, bibliotecas y sistemas; pero todos razonan. Razonan, y si no podemos compartir con ellos la idea que de la vida se han formado, poco importa; su idea vale tanto como cualquier otra de las muchas que entre nosotros pululan. Forzoso es reconocerlo.



EMMO. CARDENAL VIVES (P. LLEVANERAS). (Pág. 224)

craneal, lo cual se ignora, los chinos, indos y los antiguos egipcios, á quienes nadie se atrevió á llamar brutos, vendrían á ser sus vecinos y ocuparían lugar muy próximo al suyo (1). Una vez más debemos abandonar la teoría para relatar hechos.

Cuando se ha conseguido vivir, aunque sean breves días, en sociedad con estos pequeños hombres; cuando se les ha podido hablar en su lengua propia, sin someterse á las fantasías de un intérprete; cuando se ha discutido con ellos, contestado á sus cuestiones, oído sus respuestas y la idea que de la vida tienen, porque también ellos tienen libertad de formarse la suya, al igual que los filósofos y sociólogos de toda nación, imposible es librarse del asombro que causa nuestra ridícula se-

Un día de Agosto del año 1889—mi cartera de viaje que conservo me servirá de guía—abandoné Mombassa (Zanguebar), donde había residido algunos meses, y dirigiéndome hacia el Norte llegué á Malindi. Ciudad es ésta que en antiguos tiempos disfrutó de gran prosperidad, y en la cual levántase antigua columna, recuerdo de la dominación portuguesa de pasados siglos. San Francisco Javier dice en sus cartas que visitó esta ciudad y en ella discutió con los musulmanes sin obtener resultado alguno; yo tampoco... Actualmente es una decadente colonia árabe, siendo la principal causa de dicha decadencia la fuga de los antiguos esclavos y la suma dificultad de procurarse otros.

Vivía en ella un viejo amigo mío, hindu de Bombay, comerciante, propietario de varios inmuebles y que graciosamente puso á mi disposición un á manera de almacén de ruinas donde relegaba cuanto no podía colo-

(1) A. de Quatrefages. *Les Races humaines*.

car en otro más oportuno lugar. Mi fiel cocinero Selimán eligió un rincón á su gusto y pronto quedó ultimada la instalación. Vivía sólo con él y una pequeña gacela, regalo del gobernador. ¡Nada hay comparable á la sociedad de las bestias!... ¡¡dulces recuerdos!!...

Bien, prosigamos: Ali bin Dina, mi huésped, tenía como esclavo y comisionista un individuo de corta talla que afirmaba ser galla, pero que al cabo de algún tiempo supe era mestizo de boni: éste fué el que me hizo conocer al mbili-kimo, de que hablé anteriormente y que afirmaba ser originario del Sud de la Abisinia.

Al poco tiempo de residir allí supe que en las extensas llanuras que se extienden al rededor de Malindi vagaban errantes numerosas familias nómadas pertenecientes á los bonis, wa-sanyé ó wa-twa. Era parte de mi programa explorar el interior de aquel país, entonces poco menos que desconocido. Organizada una más que modesta caravana emprendí el camino.

Al amanecer el siguiente día encontramos un estanque conocido con el nombre de Bartum, debido, dicen, á un antiguo jefe boni que residió largos años en los alrededores. Prosiguiendo el camino vimos secos afluentes del río Sabaki, que échanse al mar entre Malindi y Mambrui. Marchando por su arenoso cauce remontamos su curso, que cruzamos y volvimos á cruzar innumerables veces: fatigosa jornada durante la cual vimos el primer campamento de Wa-sanyé.

Interesante fué para nosotros el siguiente día, que pasamos en un pueblo de wa-nyyka y de giriymas, que huyendo de la sequía y hambre que asolaba su país, vinieron á establecerse junto á las aguas del precitado río. Recibí sucesivamente el homenaje del jefe, jefe, guerreros, jóvenes, mujeres y niños. Así políticamente se aprovechan del extranjero, ofreciéndole regalos y obligándole á corresponder... Después de todo, y cuando creía acabadas todas las presentaciones, veo adelantarse á Gallo-Gallo, el jefe de los wa-sanyé, cuyo mísero campamento habíamos encontrado la antecedente víspera. El no regala nunca nada, su oficio es recibir siempre. Explicóme la razón diciendo que todos, negros y blancos, eran extranjeros en su tierra, y que en consecuencia...

—¿Qué tierra es la tuya? pregunté.

—¡Mi tierra, contestó sin titubear, es todo el mundo!...

Tomé nota de esta frase sublime y regalé á su autor un puñado de sal.

El siguiente día fué sábado 31 de Agosto. Ante nosotros al Sud, extendíase un bosque inmenso, el bosque de Sokoké, que los indígenas dijeron podíamos cruzar en un día, advirtiéndonos que si avanzábamos por el lado del interior el *bosque jamás tiene fin*. A primeras horas de la madrugada entramos en él pensando que el siguiente día, domingo, podríamos descansar en uno de los pueblos del opuesto lado. Hermoso amaneció el día estrecho sendero abríase ante nosotros á través del bosque, y al entrar en éste un pájaro lanzó al aire su alegre canto.

—El pájaro que grita á la derecha, dijo Selimán, es augurio de suerte feliz.

Pasaron una hora, dos horas, tres horas, cuatro ho-

ras andando siempre; pero de súbito el camino se acababa. Sin observarlo habíamos dejado el verdadero, siguiendo uno que lo era de elefantes.

—No importa, dijo el guía, prosigamos: á uno ú otro sitio llegaremos. Todos los bosques acaban cuando empiezan las llanuras.

Era medio día y continuábamos sin camino, rendidos de fatiga, obligados á cortar, saltar, luchar contra lianas, espinos y todos los arbustos que interceptaban nuestro avance; una sed ardiente nos atormentaba... Repetidas veces subió uno de los nuestros á los más altos árboles, tratando de descubrir algo conocido que pudiera orientarnos; pero nada; siempre nada, la inmensidad del bosque monótono *que jamás tiene fin*.

La desesperación apoderóse de la caravana... Al principio bromeando se recordó á Selimán su pájaro augurio de suerte feliz, pero luego todos callaron, y en su resignación fatalista los negros más o menos musulmanes que me acompañaban murmuraban: «Aquí moriremos y jamás nadie sabrá nuestra suerte: Dios lo quiere.» Y diez, veinte veces lanzaron por los suelos su carga, se alejaron, mascaban hojas para refrigerar la sed que les atormentaba, y negáronse á proseguir avanzando.

Mi situación era difícil. Llevaba una brújula de bolsillo y un cuentapasos, los saqué, y con un lapicero en la mano fingí hacer difíciles cálculos, y luego con acento y ademán que rebosaban confianza indiqué al azar una dirección, invocando interiormente á la Divina Providencia, á la Providencia del misionero extraviado...

Las seis de la tarde serían, y cuando ya tratábamos la conveniencia de arreglar un campamento y refugiarnos nosotros á los altos árboles para librarnos de elefantes, leones y leopardos, cuyas huellas descubríamos á cada paso, de súbito sorprendiéronnos agradablemente varias cortadas ramas que anunciaban el paso del hombre. ¡Animo! poco después, cuando la noche nos rodeaba con su manto negro, entramos en estrecho sendero, á cuyos lados vimos preparados numerosos cepos... A lo lejos un niño huye; el bosque ábrese formando pequeña plaza; leve columna de azulado humo elevábase sobre los árboles: ¡un pueblo!...

Era un campamento de bonis: cuatro ó cinco casas redondas y miserables.

El siguiente día, domingo, fué de descanso por más de una razón, y después de relatar nuestra aventura, el canto augurio de suerte feliz del pájaro de Selimán, ofrecer pobres regalos y lograr su confianza, me tomé la libertad de hacer á mi huésped algunas observaciones sobre el último de los pecados, conocido vulgarmente por teólogos y estudiantes con el nombre de pereza.

Al escuchar mis argumentaciones y reproches, otro hubiera inclinado la cabeza.

El anciano irguió la suya, y sin interrumpir el vaciado de una copa de corteza de árbol, dijo:

—¿Por qué trabajar? ¿No nos regala la tierra cuanto para vivir necesitamos, sin deber cansarnos como los esclavos hacen?

Sorprendiome la contesta, pero le objeté de la siguiente manera:

—¿Por qué, pues, pidís harina á los que trabajan y lienzo á los viajeros?

—Es un derecho, contestó el jefe. Los que trabajan, toman un pedazo de tierra, talan parte del bosque, secan pantanos, alejan las bestias... ¿A quién pertenecen tierras, bosques, aguas y bestias? A nosotros. Y tú cuando viajas, sigues un camino...

—Si lo encuentro.

—Sigues un camino: este camino lo abrimos nosotros á través de este bosque, también nuestro. Propiedad nuestra es. ¿Dónde estabas tú cuando por vez primera yo y los míos fijamos sobre él los piés?

—Continúa: tu conversación me agrada.

—Estas cosas son como afirmo.

—Pero si nadie pasara por vuestros caminos, ni cultivara vuestras tierras y nada podíais pedir á los demás, ¿de qué viviríais?

—¿De qué viven los monos? cuando veas á los monos morir de hambre, entonces los bonis morirán también.

—¡Ah! pero ¿los bonis son monos?

—Puedes si quieres creerlo así... Lo cierto es que sin trabajar la tierra más que los monos, comemos la carne de los animales, la miel de las abejas, el corazón de las palmeras, los frutos del bosque, hojas, hierbas, y vivimos.

—Hojas, hierbas... poco deben alimentarnos.

—Conocemos cuanto es comestible y lo que no podemos comer. Los demás cultivan para sí, pero Dios ha plantado por nosotros.

—¿Y el lienzo?

—Lo usamos si lo tenemos: si carecemos, las bestias nos prestan su piel.

—Nunca, dije al anciano, vi nadie de vuestra tribu esclavo de las gentes de la costa.

—Precisamente. Saben los de la costa que no podrían hacernos trabajar sus campos, y ésta es la causa por la cual no vienen á cogernos. En cuanto á vender uno de nuestros hijos como esclavo, como suelen hacer las demás tribus, antes todos preferimos morir.

—Muy bien hecho, contesté, y en esto nosotros nos parecemos á vosotros. Pero ¿cómo edificáis pueblos tan miserables y construís chozas tan pequeñas? ¿No teméis las tribus enemigas, la guerra y el saqueo?

—Para evitar el saqueo y la guerra construimos las chozas del modo que tú ves. Nada poseemos, y el que nada tiene nada le roban. Los pueblos grandes, las fuertes empalizadas, los rebaños, los campos, esto es lo que llama á los enemigos... Además, ¿para qué edificar pueblos? ¿Acaso no bastan nuestros campamentos para descansar? Durante el día tenemos los bosques.

A hombre tan original poco sabía contestar mi filosofía. Y continuaba hablando:

—Donde existen muchas casas, bien construidas, bien dispuestas, nunca faltan injurias y venganzas: dos hombres poseen cada cual una gallina, y esto basta para crear enemistades sin fin.

—¿Y vosotros no disputáis nunca?

—Nosotros vivimos en familia: en cada campamento existe un solo jefe que es padre de todos los demás, á los cuales manda y de quienes es obedecido. Sólo viven en él hermanos y hermanas. El joven que quiere casarse

va á lejanas tierras á buscar mujer: y andando el tiempo forma con su esposa é hijos un nuevo campamento...

Extrañas son las precedentes ideas en materia de economía política y social. Pero lo que en apariencia excede á todo límite, es que nos vemos obligados á confesar que, desde su especial punto de vista, no necesitando nada y no impidiendo sus movimientos la numerosa sociedad que llena toda la tierra, quizás este nómada tendría razón.

Lo cierto es que este filósofo, sin sospecharlo me sorprendió é interesó no poco. A lo dicho añadió varios é interesantes pormenores que citaré en el decurso de mi estudio, y nos separamos excelentes amigos. Regálome su mujer unas soberbias garras de león: él me entregó un arco y varias flechas, regular cantidad de veneno vegetal, y no opuso la menor dificultad en cedernos un guía que nos sacara del bosque por el más breve sendero.

Cuantos me acompañaban habían emprendido la marcha: debíamos separarnos.

—¿Sabes, me dijo entonces, por qué te perdiste por el bosque?

—Porque el guía desconoció el camino.

—No. La causa ha sido que en el pueblo de Baté no trataste con la debida atención á uno de los nuestros: te reíste cuando te dijo ser señor de la tierra, y sólo le ofreciste un puñado de sal.

—¿Quién te explicó todo esto?

—Mucho antes de tu llegada Gallo-Gallo vino á referirme tu aventura. Nunca te burles de nosotros: sabemos muchos secretos que desconocen los demás, y sabemos vengarnos de los que nos desprecian.

Esta explicación fué para mí un rayo de luz. Al acampar de nuevo, recordando las circunstancias que acompañaron nuestro extravío, observamos que primero seguíamos el verdadero camino, que de súbito encontramos obstruido por un sin fin de lianas: viendo á la izquierda camino en apariencia mejor, por él seguimos y nos extraviábamos.

La mano del anciano brujo Gallo-Gallo había pasado por allá. Conociendo el lugar á donde nos dirigíamos, ganó la delantera y jugónos la relatada mala partida. Pero no lo siento, pues sin ella no encontrara al filósofo, y arduo es el camino que conduce á la sabiduría.

Examinemos la filosofía que contienen las palabras del filósofo boni, y de ella deduzcamos algunas consecuencias.

El hombre, dice, debe ante todo durante su breve paso sobre la tierra buscar la felicidad. Nosotros poseemos la felicidad, no absoluta, pero felicidad en fin, cuyos principales elementos estamos contemplando: hacer sólo lo que nos place: recorrer el bosque, cazar, comer lo que la naturaleza nos ofrece, reducir las corporales necesidades á lo más estrictamente necesario; vivir cerca de una tribu *de esclavos* que labren la tierra, para poder aprovecharnos de sus cosechas y cambiar con ellos cuanto superfluo poseemos; vivir en paz con el mundo entero; ayudarnos los unos á los otros, y si estamos en peligro, huir á otra región; elegir las mujeres que bien nos plazca; criar nuestros hijos como nos-

otros fuimos criados; vagar errantes, libres á través del bosque inmenso; descansar en el campamento; cantar, reír, danzar los días de la abundancia; esperar durante los de la miseria; sufrir lo que no logramos evitar; morir ya que es imposible vivir siempre: esta es la manera como pasamos la vida... Empero, si otros prefieren obrar de distinto modo, si prefieren trabajar sin cansancio, amontonar riquezas que jamás consumirán, luchar contra el mundo entero en guerras interminables, cortar árboles y construir inútiles palacios, á nadie lo impedimos: para nosotros son cien veces preferibles nuestros bosques, nuestra caza, nuestra libertad...

Verdad es, contestarán algunos. Pero si todo el mundo razonara de manera igual, pronto la tierra sería pequeña y la vida imposible.

Es posible que así fuera, pero yo pregunto: si todo el mundo racionara como algunos filósofos y reformadores de la más civilizada sociedad; si creyera el mundo todo que la moral es una invención pueril, y que la materia y la fuerza son las únicas realidades, ¿sería la vida mejor? Cuando inmutables principios y religiosas creencias no son guía y sostén del hombre, éste avanza siempre sin preocuparse del vecino, á no ser para explotarle, servirse ó defenderse... Lámentanse repetidas veces de lo mucho que tarda una idea en ser conocida de las populares muchedumbres: si la multitud se guiaba por las teorías expuestas por ciertos profesores oficiales en las principales capitales europeas; si trataba de llevarlas á la práctica, una parte de la sociedad asesinaría á la otra, y los supervivientes se comerían entre sí.

Los negrillos son menos peligrosos, y en consecuencia más civilizados. Son los negrillos hijos primogénitos de la tierra, la conocen y de ella viven. ¡Y cosa curiosa! los negros de toda región les reconocen estas cualidades, de manera que en la otra Costa, en Gabón, cuando van á pescar, cazar, recoger cauchú ó frutas del bosque, todos se abstienen bajo pena de no encontrar nada de llamar á los a-koa por su nombre propio. ¿Deben hablar de ellos? pues los nombrarán *hombres cortos ó gran nación (inongo ivolo)*. Al entrar en el inmenso bosque parece fijáis los pies en su ilimitado jardín: nombrar su propietario ó mejor su dios, os acarrearía mala suerte...

Sin embargo, y á pesar de sus hermosos raciocinios, á los cuales sólo he dado forma, los negrillos deben en su manera de vivir al día desplegar singular inteligencia, para hacer frente á todos los imprevistos accidentes, á toda escasez ó desgracia.

Porque carecen de la organización, procedimientos y leyes, de la literatura, artes y ciencias de que nosotros nos enorgullecemos, afirmamos carecen de inteligencia: pero ¿es éste el verdadero punto de vista de la cuestión? Toda raza ha conformado su inteligencia al género de civilización que ha querido desarrollar, siguiendo las circunstancias, su pasado, sus medios y gustos; y esta inteligencia debiendo aprovecharse de la especial situación en que se halla, es superior muchas veces á la de otra raza que tiene distintas costumbres. Evidente es que, por ejemplo, un negrillo colocado ante negro encerrado, donde debiera demostrar geométrico teorema,

representaría muy desairado papel; pero, y no digo esto porque les quiera mal, trasladáis un profesor de la Escuela antropológica de París ó Berlín al centro de un inmenso bosque africano, y le entregáis un arco, flechas, una lanza y un pañuelo atado al rededor de los riñones, y lo abandonáis á sus propias iniciativas diciéndole: «¡Señor, componeos!» muy de temer es quede igual perplejo y sin saber que hacer que el negrillo ante el encerrado. Es evidente que ambos son inteligentes, pero su inteligencia recibió distinta educación...

Paradójico sería afirmar no existe entre ambos ninguna diferencia intelectual, y que los negrillos son, en general, tan inteligentes y susceptibles de educación y progreso como los europeos. No, pretender defenderlo sería imitar la exageración de los que, sin haberlos estudiado nunca, afirman con ridícula formalidad son gorilas mal desbastados.

Hombres son, y hombres que á pesar de hallarse en las más horribles condiciones, en bosques sin fin ó en inmensos desiertos, poseyendo los más primitivos instrumentos, los más rudimentarios sistemas, logran triunfar de la naturaleza, fundar familias, perpetuarse, disfrutar del placer de vivir, y, en una palabra, prefieren su manera de ser á las pretendidas ventajas de una civilización que la electricidad rodea de brillante aureola, y á la que el vapor comunica su ardoroso aliento... Esta es, expuesta en breves palabras, la verdad de la cuestión.

EL CARDENAL VIVES

ACOMPANANDO el retrato del nuevo Purpurado, reverendísimo P. José Calasanz de Llevaneras, promovido al honor de la sagrada Púrpura el 19 del pasado Junio, que damos en la pág. 221 del presente número, insertamos á continuación algunas noticias biográficas del mismo, que acaban de sernos transmitidas por autorizadísimo conducto.

Nació el P. Llevaneras en el pintoresco pueblecillo de San Andrés, de este nombre, en nuestra costa de Levante, inmediato á Mataró, el día 15 de Febrero de 1854, y fué bautizado el 19 en su parroquial, recibiendo los nombres de José, Félix y Jaime. Fueron sus padres José Vives y Comas, de oficio carpintero, y Catalina Tutó y Garriga, ambos de honradísima aunque muy humilde familia. De edad de dos años pasó el niño Calasanz á residir con su familia en Mataró, en cuyo Santo Hospital fallecieron sus padres. Tuvo el P. Calasanz un hermano mayor, el hoy P. Joaquín, también capuchino, nacido en 1852, y dos hermanas menores, Concepción, nacida en 1856, que murió Religiosa, y Mercedes, hoy Adoratriz en esta ciudad. La niñez de los cuatro huérfanos estuvo rodeada de toda clase de privaciones, y debió contar con el auxilio caritativo de piadosas personas de Mataró, especialmente del ejemplarísimo sacerdote beneficiado de aquella parroquia,



ZANGUEBAR (*Africa Oriental*).—Interior de mi habitación.—Dibujo del Ilmo. Le Roy. (Pág. 220)

mossén Juan Ferrer, que tan santa memoria ha dejado en aquella ciudad, y que entre los muchos jóvenes pobres á quienes favoreció en los comienzos de carrera, podría añadir hoy, si viviese, el del nuevo Cardenal. No merece menor mención la Escuela Pía de aquella ciudad, que acogió inmediatamente en sus aulas á los dos huérfanos, Joaquín y Calasanz. También debieron no poco á la protección de su tío el P. Rafael Vives, del mismo Instituto de las Escuelas Pías, por cuya mediación entró el P. Calasanz en el Colegio en clase de monaguillo en 1866, en cual año empezó á cursar latín. Fué su director el P. Jaime Viada, también escolapio, que vive aún y que le amaba entrañablemente. Era entonces rector el P. José Rius, eminente humanista, y residían con él el P. José Draper, acreditado matemático, y los PP. Narciso Crusach é Isidro Sayol, y el Hermano Valentín Vila, á todos los cuales, hoy ya difuntos, tuvo por profesores en sus respectivas asignaturas. Probó y aprobó su vocación á la Orden Capuchina el P. Agustín Dorsal, hombre de gran espíritu ascético, y por su consejo ingresó el joven en dicha Orden en 1869, tomando el nombre de Calasanz, como testimonio de gratitud á los muchos beneficios recibidos de la Escuela Pía; admitido por el Rdo. P. Fr. Segismundo de Mataró, con el cual pasó á la Escuela Seráfica de Francia, y de allí á las Misiones de Guatemala, donde recibió el santo Hábito, completando su carrera literaria hasta ordenarse de sacerdote.

La Revolución de Barrios desterró de aquella República á los Padres Capuchinos, y nuestro P. Calasanz pasó á Francia, siendo guardián del convento de Per-

piñán y pasando luego á España. Desde entonces en compañía de su hermano el P. Joaquín, hoy provincial de Castilla, trabajó incansablemente por restablecer en las principales ciudades de nuestra Península la Orden Seráfica, siendo nombrado más tarde Guardián del restaurado convento de Igualada. Después de un trienio pasó al Capítulo general de la Orden celebrado en Roma, quedando allí con el cargo de Secretario del nuevo Padre General elegido en dicho Capítulo.

Desde entonces ha obtenido en la Ciudad Eterna cargos de la mayor confianza y gravedad, entre otros el de Consultor asiduo de varias Congregaciones, como la del Concilio, la de Propaganda Fide, del Rito Oriental y de la del Rito Occidental y últimamente ha tomado parte muy activa en los más importantes asuntos del Concilio americano.

De salud siempre débil y de temperamento enfermizo, es suma no obstante su actividad, como lo muestra el hecho de que en medio de tan delicados cargos y repetidos negocios y viajes, ha tenido tiempo de escribir sus conocidos textos de teología dogmática y moral y de derecho canónico, y juntamente varios opúsculos ascéticos y de piedad.

La población de San Andrés de Llevaneras ha acordado la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde nació el Emmo. Cardenal Vives, que así se llama desde ahora el P. Llevaneras.

Al asociarnos al júbilo de aquella población por la honra que le cabe en contar entre sus hijos á este Príncipe de la Iglesia, desde estas columnas mandamos al nuevo Purpurado nuestros humildes parabienes.

Recuerdos del Catolicismo en el Tonkin

XVIII

Los Ilmos. Retord y Hermosilla.—División de Tonkin en cuatro Misiones

EL Ilmo. Léfébvre, vicario apostólico de la Conchinchina Occidental, fué dos veces, en 1844 y en 1845, aprisionado por los mandarines de Thieu-Tri, y ambas puesto en libertad.

Gran resonancia tuvo en todo el reino el citado hecho dos veces repetido. Católicos y paganos creyeron ser esta conducta prueba evidente del fin de la persecución: si algún acto de hostilidad turbara la calma que en apariencia renacía, serán, opinaban todos, hechos aislados, debidos á iniciativas particulares, últimos disparos hechos al nacer la noche, cuando el combate muere...

El Ilmo. Retord aprovechaba en el Tonkin el nuevo estado de ánimo. Ni uno solo de nuestros lectores cuya edad alcance á cincuenta ó sesenta años, habrá olvidado el nombre glorioso de este misionero insigne, cuyas ciencia y heroicas virtudes excitaron la admiración universal.

Vió la luz primera el año 1803 en Renaison, lugar perteneciente al departamento del Loire.

Hijo de pobre familia, negábanle en un principio la autorización necesaria para principiar á estudiar el latín. Uno de estos sucesos, que llamamos casualidades, pero que no son otra cosa que la amable solicitud con que cuida la Providencia divina de las almas predestinadas, fué la causa de la obtención del deseado permiso. Encontró en la viña donde trabajaba un libro perteneciente al párroco del vecino pueblo, aprendió de memoria algunas páginas del mismo, y las repitió sin equivocarse una letra ante sus padres, que admirados al oírle otorgáronle el solicitado permiso.

Recibió las primeras lecciones de su primo Claudio Deschavannes, joven de edad algo mayor que la suya, y que debía morir misionando el reino de Siam. Todas las tardes pedía le enseñara *Rosa ó Amo*, esforzándose en retenerlos fielmente en la memoria y en aprender para el siguiente día determinado número de páginas.

Deseando hermanar el trabajo intelectual y el manual, empleaba el siguiente ingenioso medio: al dirigirse á la viña nunca se olvidaba de tomar su *Compendio*; al principiar su trabajo leía algunas líneas, dejaba luego el libro en el suelo cinco ó seis pasos distante de él, y empezaba á podar las cepas repitiendo las leídas líneas: al llegar donde dejara el libro, cogíalo, leía las siguientes líneas, dejábalo distante otra vez, y continuaba podando cepas y repitiendo lo leído hasta saber cuanto se propuso estudiar; voluntad y actividad de niño que anunciaba la del hombre. Algún tiempo después le daba lecciones un docto profesor de Renaison.

El primer año de sus estudios debió sufrir dura prueba. Era tiempo de vacaciones; su numerosa familia acababa triste la escasa y pobre comida: el cansancio del trabajo reflejábanse en el rostro del padre; la madre enferma é inquieta dijo llorando al niño:

—Pobre hijo mío, ves que mis fuerzas se agotan: todos hemos menester de las tuyas: forzoso será renuncies á tu idea. No puedo resistir...

Y no acabó la frase, pues su hijo cayó desvanecido. Al verlo, todos se conmueven y lloran. El primogénito en nombre de los demás hermanos intercede por él.

—Madre, dijo, no debemos causarle la muerte: sabéis que no abandono nunca el duro azadón; durante el día trabajando para extraños, y para nosotros durante la noche: pues bien, no importa; trabajaré aún más.

—Y nosotros, gritaron hermanos y hermanas, nos abstendremos de todo, trabajaremos, por él iremos á servir, pero que prosiga sus estudios.

La riqueza es bien exclusivo, pero no así la generosidad, que germina bajo el ahumado techo de mísera cabaña y en rico palacio; pero al encontrarla en grado heroico en las familias de los apóstoles, comprende el hombre que Dios se complazca en otorgar benigno las mejores de sus bendiciones eligiendo á sus hijos para que le sirvan.

La biografía del Ilmo. Retord se escribió por vez primera el año 1859, y por segunda vez y con mayor extensión durante el 1893. Su lectura manifiesta toda la grandeza que adorna el alma generosa del misionero.

Estaba dotado de actividad incansable, de invencible esperanza, de corazón bondadoso, de ánimo entusiasta y energía de carácter.

Durante su agitada existencia dió repetidas pruebas de inalterable tranquilidad, no ya de esa tranquilidad aparente que tanto semeja indiferencia, sino la que dimana de la voluntad, del completo dominio de sí mismo, la que sabe velar con alegre sonrisas las inquietudes y penas que torturan el alma.

Admirador entusiasta de la vida apostólica cuando le rodeaban inminentes peligros, cuando la más extremada miseria le amenazaba, escribe hermosa carta, ó mejor, el más sentido cantar entonado por alma de apóstol á los incomparables atractivos del Tonkin.

Muchos historiadores la plagaron deseando reflejar los sentimientos de su héroe, pero sólo él pudo escribirla quizás, porque nadie más que él sintió con tanta intensidad las impresiones nobles y santas que refiere. En esta carta, al igual que en las muchas otras que escribió, el estilo refleja fielmente las cualidades que adornaban su carácter: brillante, cuajado de imágenes repletas de vida, de elevados pensamientos expresados con hermosas frases de incomparable dulzura. Al hablar de desventuras ó esperanzas nunca flaquea su indomable valor; es grande en los sufrimientos y en las esperanzas, y si á veces presentóse como debilitado por indefinible melancolía, ésta en vez de entristecer comunica á las almas deseos de luchar con nuevo ardor.

Consagrado obispo de Acanthe y vicario apostólico del Tonkin Occidental, como anteriormente dijimos, fué su divisa: *Fac me cruce inebriare*: «Haced que la cruz

me embriague," digno deseo de una alma grande, que Dios cuidaría de realizar.

Los primeros años de su episcopado coincidieron con la muerte del perseguidor Minh-Mang, la guerra y triunfo de los ingleses en China, y la libertad de los misioneros franceses obtenida por el comandante Leveque: hábil y enérgico, supo comprender su situación y aprovecharse de ella sin pérdida de momento, resolviendo obrar con la ansiada libertad. Al ver salir de la prisión sin pena alguna al Ilmo. Léfèbvre, hízole concebir el deseo de apresurar el cumplimiento de su resolución.

Cierto es que continuaban siendo ley los antiguos edictos que guardaban la prisión á los valientes confesores, que continuaban siendo atendidas las acusaciones contra los cristianos, y que los denunciadores de sacerdotes indígenas seguían percibiendo la cantidad asignada á su delación. Pero ya no corría y pocas veces volvió á correr la sangre de los Mártires, y los misioneros europeos realizaban su santo fin sin ser molestados.

Cesaba ó interrumpía el rey la tiránica persecución: forzoso era, pues, aprovecharse. El Ilmo. Retord esperó el oportuno instante, y llegado éste realizó sin vacilaciones su hábil maniobra y avanzó resuelto.

Largos años vieron transcurrir los misioneros escondidos siempre, y debieron los católicos permanecer entre tinieblas, pero la hora de surgir de las catacumbas había sonado en el reloj de los tiempos: Obispo, misioneros, sacerdotes indígenas y todos los fieles abandonaron sus antiguos refugios, y felices celebraron con toda su sencilla majestad las fiestas de la Iglesia, cantando solemnes Oficios y recorriendo las calles numerosas y devotas procesiones. Existen en el Norte algunas regiones que pasan sin intervalo del invierno al verano; ayer la nieve cubría con blanco manto la tierra toda, hoy le ha sucedido bello tapiz de fresca hierba verde. Espectáculo igual nos ofrece la Misión del Tonkín Occidental.

El Obispo había comprendido no sólo la situación general, sino también el carácter de la masa popular. «Conmover las muchedumbres, ha dicho un político de nuestros tiempos: fiestas, cantos, reuniones bastarán para enseñar al pueblo el sentimiento de su propio valer.»

En el corazón de apóstol del Ilmo. Retord nació una inspiración que guióle por el indicado camino. En el cielo puso su confianza, que no en vano cuando seminarista y sacerdote habíase repetidas veces postrado á los piés de la Virgen de Fourviere: su alma cifraba en María toda su confianza: con Ella había celebrado el siguiente pacto filial:

«De muy curiosa manera me puse bajo la protección de la Santísima Virgen; la dije: María, Tú eres mi Madre y yo soy tu hijo, y sólo anhelo trabajar por la gloria de Jesús, fruto bendito de tu vientre; quiero arrancar del poder de la infernal serpiente las almas que El redimió con su sangre: son estas ovejas confiadas á mis cuidados las que yo quiero salvar. Para lograrlo quiero recorrer mi Misión en todas direcciones; seguiré montañas y llanuras; surcaré los ríos y el mar: visitaré los

lugares todos donde logre penetrar, y no temeré mandarines ni fatigas; predicaré en alta voz á cuantos quieran oírme, pero preciso es me protejas en todos mis apostólicos trabajos, pues Tú eres mi Madre y yo soy tu hijo. Tú enmendarás las imprudencias que cometiere, Tú me salvarás del peligro cuando hubiere sido excesivo mi atrevimiento, y muy fácil ha de serte cuanto pido, pues ¡es tan grande tu poder! A Ti confío mi suerte: en tus manos será mejor que en las mías.»

María escuchó la plegaria de su siervo. El Ilmo. Retord durante quince años recorrió el Tonkín día y noche, cerca ó lejos de los mandarines, los campos ó ciudades, y nunca fué hecho prisionero.

En un principio temieron los fieles emprender vida tan opuesta á la que hasta entonces llevaban.

El Obispo les demostró era esta consecuencia forzosa del actual estado. El Rey da libertad á los franceses, los mandarines no se atreven á aprisionarlos, lógico era, pues, deducir que temían: y siendo así era el oportuno momento para que los cristianos se mostraran á la clara luz del sol.

Los anamitas son asaz inteligentes para no comprender la exactitud del precedente raciocinio. Pero aun cuando creyeran dudoso el resultado hubieran obedecido. Cuando el Obispo deseaba algo todos lo deseaban, y cuando el Obispo lo mandaba, ellos sólo cuidaban de cumplirlo. «Guiad á los anamitas con un hilo, decía el Ilmo. Cuenot, pero cuidad de no soltarlo jamás.» El Ilmo. Retord no formuló esta teoría, pero supo aplicarla.

Acompañábanle en todas sus expediciones apostólicas dos ó tres misioneros, cuatro ó cinco sacerdotes anamitas, veinte catequistas, y visitando todas las parroquias en cada una de ellas daba una Misión.

Eran estos días, según expresión de un testigo, de mayor duración que los vulgares, pues empezaban mucho antes de nacer la aurora y terminaban á la siguiente media noche; días santos, pues del fondo del alma dirigían al Señor ardiente súplica; días felices, pues el corazón recobraba su perdida paz.

El Obispo confesaba y predicaba como simple misionero. Oigámosle relatar sus apostólicos trabajos:

«Resumiré la manera como procedemos: se construye espaciosa choza de bambús y paja, adornamos su interior con colgaduras y levantamos un altar decorado de la mejor manera posible; esta es nuestra catedral: en ella al caer de la tarde se congregan todos los fieles, y piadosos rezan largas oraciones, practican el *Via Crucis*, y escuchan el punto doctrinal y la lectura que un catequista les dirige: estos piadosos ejercicios duran hasta hora muy avanzada de la noche. Antes del alba se reúnen otra vez para asistir al sermón y á la Misa, durante la cual cantan los jóvenes oraciones correspondientes á las diversas partes del Santo Sacrificio: también en ella los neófitos que vinieron de muy lejos duermen durante la noche y comen varias veces al día. Nosotros parte del tiempo lo destinamos á recibir visitas de cristianos que acuden de todas partes para ofrecernos sus presentes, felicitarnos y testificar su filial afecto, indican sus miserias, explican sus intestinas rencillas: les obsequiamos con excelente té, procura-

mos consolarles en sus penas, reconciliar á los enemistados, volverlos á Dios con paternales avisos y espirituales alientos. Al empezar la tarde nos sentamos en el confesonario, de donde acostumbramos salir al ser media noche.»

Al nacer el alba del siguiente día empezaban el trabajo con igual ardor. A veces el catequista avisaba al Obispo que cuatro ó cinco pecadores endurecidos negábanse á salir del templo. Entonces el Ilmo. Retord empleaba las que él llamaba grandes medidas, que fueran de muy escasa fuerza si la fe y el amor no cuidaran de proporcionársela.

Manifestaba que un día determinado bendeciría al pueblo, otro día á los niños, y que celebraría una Misa para los cristianos de la parroquia.

—Pero sabed, añadía, que no bendeciré los hijos de aquellos que no quieren cumplir sus religiosos deberes, y que tampoco ofreceré por ellos el Sacrificio Santo.

Mayor temor infundía esta amenaza que todos los sermones y reproches: conmovía el corazón de los desgraciados donde la fe alentaba vigorosa á pesar de sus

debilidades: el deseo de la bendición y oración del Obispo les guiaba arrepentidos al tribunal de la Penitencia.

Si este medio no surtía el apetecido efecto recurría á su oración predilecta: el *Via Crucis*. Todos los feligreses debían rezarlo, y éxito feliz solía coronar la devota solicitud del pueblo fiel.

La práctica de dicha devoción la estableció en todas las parroquias de su vicariato.

Hombres, mujeres y niños sabían de memoria las meditaciones propias de cada estación.

«No he visto, decía, espectáculo más conmovedor que nuestros cristianos repitiendo las meditaciones en su armoniosa lengua, con voz á la par triste y dulce, henchida de encantadora armonía. Sí, gimen al recordar la cruel agonía del Divino Salvador, y sus gemidos en estas lejanas é idólatras regiones, en ese destierro y valle de lágrimas son más conmovedores que los de los hijos de Israel cabe el río de Babilonia.»

Los gobernadores de las provincias de Nghe-An, de Hanoi y de Nam-Dinh intentaron impedir estas mani-

festaciones, ó lograr que sus administrados lo creyeran así, y publicaron un edicto contra los católicos.

Aprisionaron dos sacerdotes indígenas, sitiaron pueblos, los Padres Mastan y Barbier debieron por algunos días cambiar de residencia, pero pronto restablecióse la perdida calma. Al igual que proyectil disparado sin objeto produjo algún ruido, excitó algún movimiento, á los que sucedieron la más completa tranquilidad.

Alentados por este feliz suceso, fortalecidos por la oración y por la gracia divina, los anamitas perdido todo temor practican públicamente los deberes de nuestra sacrosanta Religión.

En el Tonkín Oriental el ilustrísimo Hermosilla avanzaba al igual que el Ilmo. Retord. Los santos lazos de la tierna caridad evangélica unían sus apostólicas almas.

El año 1846 el Ilmo. Retord dividió su Misión en dos vicariatos llamados del Tonkín Occidental y del Tonkín Meridional. El 1848 el del Ilmo. Hermosilla fué dividido de igual manera, designándose los dos vicariatos con los nombres de Tonkín Oriental y Tonkín Central.

Al frente del Tonkín Meridional fué colocado el Ilmo. Gauthier, y el Ilmo. Marti fué encargado del Tonkín central: tres mártires debían sucederle: los Ilmos. Díaz, García y Ochoa.



PENSANDO EN SUS DIFUNTOS

XIX

*Tu-Duc.—Sus edictos de persecución.—
Martirio de los PP. Schœffler y Bon-
nard.*

El año 1847 muere el rey Thieu-tri sin atreverse á derramar la sangre de ningún misionero europeo. Sucédele su hijo Hoang-Kham, que al subir al trono toma el nombre de Tu-Duc (posteridad virtuosa), y poco tardó en renacer sangrienta la persecución.

El 21 de Marzo publicó el edicto:

«Los sacerdotes europeos, decía, deben ser lanzados al fondo del mar ó de los ríos para gloria de la verdadera Religión: los sacerdotes anamitas, pisoteen ó no pisoteen la cruz, serán despedazados para que el mundo entero conozca el rigor de la ley. Examinadas las precedentes disposiciones hallamos son en todo conformes á la razón.

«En consecuencia, decretamos que todos los mandarines cumplan estas instrucciones, pero secretamente y sin publicarlas.

«Si continúan los sacerdotes europeos entrando furtivamente en nuestro reino para recorrer las provincias, engañar y seducir el corazón de los pueblos, todo aquel que los denuncie ó entregue á los mandarines, percibirá ocho taëls y la mitad de la fortuna de los encubridores del sacerdote: el resto será entregado al fisco.

«El cuerpo de los encubridores, miserables ó poderosos, lo mismo si albergan breves ó muchos días en su casa al europeo, será dividido en dos partes por los riñones y arrojado al río: sólo quedan exceptuados los niños que no llegaren al uso de la razón, los cuales serán desterrados á lejana tierra.»

Un misionero francés, Agustín Schœffler, alma delicada, henchido de angelical piedad, había sido aprisionado un mes antes de la publicación del edicto de Tu-Duc. El día 1.º de Marzo cogiéronle en la provincia de Son-Tay, á corta distancia de la parroquia de Bau-No. En aquel entonces infestaban dicha región rebeldes y piratas, para exterminar los cuales había sido creada una policía especial. El misionero fué denunciado. Advirtiéronle, y resolvió cambiar de residencia, pero creyendo que los paganos esperarían la noche para ejecutar su proyecto, resolvieron los cristianos que el Padre saliera durante el día. Desgraciadamente conocieron



LA COMPATRONA DE ESPAÑA

los espías esta resolución, y prepararon una emboscada.

El camino que de Bau-No conduce al villorrio donde deseaba refugiarse el P. Schœffler, corre entre desiertas colinas: á ambos lados crecen espesos matorrales y bosques de bambús: escondidos en la espesura fueron distribuidos numerosos guardas con orden de detener á cuantos no conocieran. Para explorar el camino precedieron al P. Schœffler un sacerdote indígena y dos estudiantes: de súbito surgen de cada mata un soldado, que arrojándose sobre ellos los registraron, ocupándoles una custodia, los óleos santos y un devocionario: no cabía dudar, los detenidos eran discípulos del europeo, el cual poco debería tardar en caer á sus manos. Se sitúan los guardas en sus escondites y esperan pacientes. Algunas horas después pasa el P. Schœffler, al cual rodearon y aprisionaron.

Empezaba su martirio, que alegre recibía, pues deseábalo con vivas ansias.

«Ignoro lo que me espera, escribía antes de salir de Francia: pero lo peor que puede acontecerme es recibir un golpecito de sable, y vos sabéis si sería para mí una pena ofrecer á mi Salvador toda la sangre que corre por mis venas. Mucho temo que mis pecados impedirán tan hermosa esperanza.»

La súplica humilde llegó hasta el trono del Altísimo, que escuchó la voz del misionero.

Antes de entregar el preso á los mandarines superiores, el jefe de policía del cantón ofreció devolverle la libertad, exigiendo como rescate una barra de oro y cien barras de plata. Contestó el misionero que no poseía la exigida cantidad ni tenía medio de procurársela. El jefe se mantuvo inflexible. Al cabo de algún tiempo supose era la proposición astuto engaño para proporcionarse dinero. Lo sospechó quizás el P. Schœffler, pero contestando como si la creyera leal, dijo:

—Puesto que para mi rescate exiges suma tan crecida, liberta á mis cuatro discípulos: sólo ellos saben cómo podrá reunirse.

Parecióle bien la reflexión y libertó á los cuatro prisioneros.

Schœffler al hallarse solo, sin cristianos presos por culpa suya, sintió vivísima alegría y aconsejó á los guardias lo entregaran á los jueces.

Esperaban los guardas el regreso de los cristianos libertados que debían ser portadores del rescate. El sacerdote indígena compañero del P. Schœffler había reunido doce barras de plata, é iba á entregarlas como fianza, cuando algunos fieles le advirtieron la mala fe del jefe de policía, que tenía el propósito de aprisionarle y guardarse la plata de que era portador. El sacerdote desandó el camino, y los guardas, cansados de esperar, entregaron el P. Schœffler á los grandes mandarines de Son-Tay.

El confesor de Cristo fué interrogado judicialmente, preguntándole su nombre, patria, edad y condición, fin por el cual había entrado en el Tonkín, cuanto había hecho desde su llegada, pueblos en que residiera y lugares que recorrió. Preguntáronle á quién pertenecían los objetos religiosos que le ocuparon, y si al dirigirse á dicho reino sabía que el Cristianismo estaba en él absolutamente prohibido.

El acusado contestó á todas las preguntas, excepción hecha de las que podían dañar á los católicos.

Agustín Schœffler fué condenado á muerte el 11 de Abril, y ejecutado el 14 de Mayo del año 1851.

Llegado el instante de salir de la prisión, el joven é intrépido misionero arroja lejos de sí las sandalias para más ligero dirigirse á la muerte. Entre guardias y verdugos avanza noble cual triunfador, sonriente, alta la cabeza, conservando en sus manos la rota cadena, y elevando al cielo ferviente oración.

Llegado al lugar del suplicio dobla sus rodillas sobre verde campo, y ofrece al Señor el sacrificio de su vida: toma el Crucifijo que colgado del pecho llevaba, y lo besa tres veces con tierna emoción. Por indicación del

verdugo despójase de la túnica, y de su cuello separa la camisa con serenidad y presteza.

Cuando el verdugo acabó de atarle las manos á la espalda, arrodillóse, levantó sus manos al cielo, y le dijo:

—Cumple pronto lo que debes hacer.

Las mismas palabras dijo á Judas el divino Salvador.

Temblaba el verdugo, y tres veces debió herir con la espada para consumir el apóstol su sacrificio.

Arrojaron la cabeza al río. Los fieles se apoderaron del cuerpo, sepultándolo en la casa de un cristiano vecino de cercana parroquia.

Poco tardó en experimentar la bienhechora influencia de los venerandos restos que reposaban bajo su techo. Hacía largo tiempo le aquejaba grave enfermedad y á la par vivía triste por no tener hijos, pues restablecióse su salud y un hijo vino á alegrar la casa.

Afirma Vanvenargues: «El sol y la muerte no pueden mirarse frente á frente.» Errónea es su afirmación: encuéntrase una raza de hombres á quienes la muerte no logra bajen ni cierren sus ojos. Míranla acercarse, apoyando un dedo en sus labios que guardan el eterno enigma: míranla acercarse, terrible, inevitable: la ven, la sonríen y le abren los brazos. Morir para ellos no es lo mismo que para el resto de los mortales. No es la última función de la vida orgánica que el materialista ensaya cumplir sin temblar. No es el fin que el lascivo presiente para sus placeres, ni el que el desesperado desea para su penar. Es un acto de fe en la palabra de Dios, el testimonio más grande de la más perfecta confianza que puede el cristiano rendir á su Dios. Mueren los Mártires con alegría, y es grande su muerte porque mueren de amor á Dios.

Así fué la de Agustín Schœffler, y así fué también la de Juan Luis Bonnard, que celebra en el cielo el aniversario de su compañero de luchas y apostólicas fatigas.

Nacido el 1.º de Marzo de 1824 en S-Christot-en-Jarez, departamento del Loire, es Bonnard una de estas figuras sencillas, humildes, cuya vida y muerte pasarían desapercibidas á los demás mortales, si Dios no rodeara su frente con aureola de gloria inmarcesible. Misionero del Tonkín desde el año 1849, fué aprisionado el 21 de Marzo de 1852 en la pequeña cristiandad de Boi-xuyen, dependencia de la parroquia de Kebang, y acto seguido trasladado á Nam-dinh. Al ver cerrarse tras sí la puerta de la prisión, fué su primera idea escribir una carta á su Obispo, que terminaba con estas palabras llenas de fe:

«Colgado del pecho llevo mi escapulario, medalla y cruz: éstos, con las cadenas y grilletes que arrastro, constituyen para mí un tesoro que no cambiaría por el del más poderoso monarca.»

El Obispo le contestó sin pérdida de tiempo. «No, dice, porque tuviera necesidad de nuestras exhortaciones para recorrer intrépido hasta el fin el noble y glorioso camino, sino porque era para mí dulce consuelo demostrarle el afecto que le profesaba.»

A continuación copio la carta, llena de amor divino y humana ternura:

«Vuestra prisión afligióme mucho según la carne,

pues doloroso es para mí perderos cuando podíais prestar grandes servicios á la Misión. Feliz debéis sentirlos, pues de tan visible manera el Dios de los sufrimientos os testifica lo mucho que os ama: de no ser así me atrevería á dirigiros algunos reproches. ¿Por qué abandonasteis la populosa ciudad de Ke Bang, desde donde podía extenderse lejos la esfera de vuestra acción, y os sepultasteis en el villorrio de Boi-Xuyen?

«¡Era tan rica la cosecha! ¡Eran las gavillas tan numerosas, tan pesadas, y las espigas tan llenas del trigo más puro!

«¡Hacíais fluir con tanta abundancia de los lagares del Padre de familias el generoso vino que hace germinar las más hermosas virtudes!...

«Pero no, no quiero reprocharos: Dios lo quiere: vos ganaréis el cielo, y El aumentará su gloria y la de su Iglesia. Sólo me entristece el no ser de la partida. ¡Carrera envidiable la de los Mártires!

«¡Oh! encuéntrame más que triste, celoso de veros volar antes que yo á la patria celestial por el más recto y seguro camino, en tanto quedo yo en este mar revuelto, ignorando cuándo llegaré al suspirado puerto, y aun si llegaré jamás.

«Yo, vuestro Obispo, yo el anciano capitán de veinte años de servicios en extranjera tierra, sin comprender los tres años de primeras escaramuzas en el país natal, ¿no debería ser coronado antes que vos? ¿Cómo osáis ocupar el sitio que me correspondía?

«Pues Dios lo quiso así, yo os lo perdono: á sus ojos sois vos fruto sazonado para el cielo, fruto que pronto recogerá.

«Id en paz, hijo predilecto de la Providencia divina: id á gozar el triunfo que os aguarda. Os admiro, pues tan pronto fuisteis elegido para combatir el gran combate de los héroes cristianos: os envidio, es verdad, pero mi envidia es envidia de amor, celos de ternura. Que os matarán, es indudable; preparaos, pues, lo mejor posible. ¡Cuán dichoso sois! pronto acabarán los días de vuestra peregrinación sobre la tierra: pronto volaréis á gozar con los Borie, Cornay, Schœffler y demás apóstoles y mártires de esta Misión. ¡Ah! ¡grande, muy grande será su alegría al veros ingresar en su falanxe gloriosa!»

—
Siguió el proceso la tramitación ordinaria. Cuando los jueces dictaron sentencia, volvió el Ilmo. Retord á escribir al prisionero.

Más dulce si cabe es su voz, mayor su ternura mezclada con indefinible resignada melancolía, que acrecienta los encantos de las palabras del Obispo al sacerdote.

«Tranquilo descansad, querido mío; cumplidas serán todas vuestras intenciones, y cumplidos vuestros encargos todos. Cuidaré con especial interés de los que en la prisión os acompañan, de cuantas personas apreciáis. Para todos seré padre amoroso. Me pedís perdón y no sé qué perdón otorgaros, pues jamás me ofendisteis.

«Sabéis que siempre os amé, pero en la actualidad os amo más que nunca. La bendición que pedís os la di cuando llegasteis en esta Misión: sobre vuestra frente permanece desde aquel día, y ella os acompañará

hasta la eternidad. Sí, os bendije al imponeros el hermoso nombre de Co-Huong, es decir, Padre-patria, Padre-incienso, Padre-perfume, pues todo esto significa la palabra Huong. Hoy es, pues, cuando esta suspirada patria será vuestra, la poseeréis con todos sus eternos esplendores, seréis uno de los que en ella habitan; hoy es, pues, cuando el incienso precioso arderá sobre el altar del Mártir, y su odorífero humo subirá hasta el trono del Altísimo; hoy es, pues, cuando el admirable perfume complacerá al Señor como el de María Magdalena, y alegrará con suave olor los Angeles y los hombres, los cielos y la tierra. Os bendije hace mucho tiempo, pero hoy os bendigo de nuevo. Que la fuerza de Dios Padre os sostenga en la arena de los héroes donde vais á entrar; que los méritos de Dios Hijo os consuelen en el calvario donde vais á subir; que la caridad de Dios Espíritu Santo os inflame en el cenáculo de vuestra prisión, de donde saldréis para cosechar las palmas del martirio.»

El P. Bonnard alentaba en su alma los precedentes nobles sentimientos: prueba son de ellos las cartas que escribió á su familia, amigos y Obispo. Me complaceré copiando la última, pues siempre se repiten con amor las postreras palabras de un moribundo, y el que nos ocupa no es un moribundo vulgar, sino fiel testimonio de la cristiana fe.

«Ilustrísimo señor y hermanos queridos, decía el 30 de Abril, ésta es la última carta que escribo. Ha sonado mi hora solemne: ¡adiós!... Os cito á todos para el cielo; allí espero volver á veros; jamás tendré el pesar de abandonaros. En la misericordia de Jesús confío: aliento la dulce esperanza de que habrá perdonado mis innumerables faltas: gustoso ofrezco mi sangre y mi vida por amor al Maestro Divino y por estas almas queridas á quienes anhelaba ayudar con mis fuerzas todas.

«Mañana, sábado primero de Mayo, fiesta de los Santos apóstoles Felipe y Jaime y aniversario del nacimiento del P. Schœffler en el cielo, es, creo, el día fijado para mi sacrificio. *Fiat voluntas Dei*. Muero contento. ¡Que el Señor sea bendito! Adiós á todos en los Santos Corazones de Jesús y de María. *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum. In Corde Jesu et Mariæ osculor vos amici mei. Vincitur in Christi*.

«La vispera de mi muerte, 30 Abril 1852.»

—
Cumplióse efectivamente la sentencia el 1.º de Mayo. Al nacer la aurora de este día el P. Bounard recibió la Sagrada Comunión: unirse á Dios antes de morir por Dios, antes de volar á contemplarle sin velo cara á cara, antes de recibir la eterna corona de gloria y amor, ¿no es el resumen de todas las alegrías humanas y sobrehumanas que puede el hombre gustar?

El lugar de la ejecución distaba aproximadamente legua y media de la ciudad de Nam-Dinh, cabe las orillas de un río. A pie recorrió el Mártir todo el trayecto, arrastrando grillete y cadena. Llegado al lugar de la ejecución recordó el mandarín habían olvidado llevar las herramientas indispensables para cortar grillete y cadena. Casi una hora emplearon en llevarlos y pasóla el Mártir arrodillado sin fatigarse elevando al cielo ferviente oración. Terminada la operación el jefe dió la

señal, y la cabeza del misionero cayó al golpe de la espada del verdugo.

Obedeciendo superiores instrucciones los mandarines mandaron acto seguido quemar la tierra regada por la sangre del confesor de Cristo, para impedir que los cristianos la recogieran: colocaron el cuerpo del Mártir en una embarcación tripulada por una compañía de soldados: una segunda barca iba tripulada por un oficial y su escolta. Todos tenían víveres para tres días y abundantes municiones, como si debieran realizar largo y peligroso viaje. Sin embargo, sabía todo el mundo el fin de la ridícula estratagema. El Ilmo. Retord había dictado las oportunas disposiciones para que le llevaran los restos del Mártir, que quería conservar en el templo santo. Una canoa, propiedad de los católicos, bogaba ligera precediendo la flotilla del mandarín, observando sus hechos y maniobras. Durante la noche el oficial dió el alto y el cuerpo del misionero fué arrojado al mar.

Desde su canoa observaron los cristianos el hecho y al virar las barcas de los perseguidores, retroceden veloces, recogen el cadáver y sin pérdida de tiempo lo conducen al colegio de Vinh-Tri.

Era la una de la madrugada. Avisaron al Ilmo. Retord la llegada del precioso tesoro: mandó depositar el cuerpo en un ataúd y colocarlo, descubierta la cara, al centro de la iglesia: largas horas permaneció arrodillado orando con todo el fervor de su alma cabe el que llamara hijo y á quien hoy llamaba protector. «¡Oh! ¡qué hermoso, escribía el día siguiente á esta vela fúnebre, qué hermoso era tendido en el ataúd revestido de los ornamentos sacerdotales! Parecía una estatua del más puro marfil. Su cabeza, bien unida al tronco, parecía dormir apacible sueño, ó mejor, sumida en éxtasis sobrehumano, contemplar visión célica que la hacía sonreír.»

La siguiente noche celebró el Obispo solemnes exequias rodeado de sacerdotes y de algunos, muy pocos cristianos, los más fieles, los únicos conocedores del secreto: terminadas éstas, el cuerpo del apóstol recibió cristiana sepultura en el Colegio de Vinh-Tri.

(Se continuará).

Un Verano en el Japón Boreal

JAPONESES Y AINOS EN LA ISLA DE YESO (HOKKAIDO)

POR EL P. MIGUEL RIBAUD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES
EXTRANJERAS, MISIONERO DE LA DIÓCESIS DE HAKODATÉ

(Continuación)

MUCHAS deberíamos admirar en esta ciudad populosa, si quisiéramos formarnos completa idea de su riqueza y esplendor. Menester sería permanecer en ella largas semanas. Cada uno de sus establecimientos industriales y agrícolas merece ser particularmente visitado, y la premura del tiempo nos lo impide.

Mención especial merecen la Escuela de agricultura y la Granja modelo, donde son prácticamente estudiadas todas las plantas del Yeso, cultivándolas con perfección y según los mejores sistemas europeos. Ocupa considerable extensión, y en distintas parcelas vemos la avena, el trigo, el cáñamo, morales, viñas, manzanos, perales, melocotones, etc.

Vemos también numerosos establos, contruidos todos según modelo americano, y conteniendo toda especie de animales domésticos: ovejas, cabras, bueyes, vacas, cerdos, etc. Otros hay que encierran hermosos caballos importados de Francia, Inglaterra ó América.

¡Cuánta riqueza en los establecimientos! Menester es se hayan gastado ríos de oro para en tiempo tan breve haber construido las múltiples maravillas industriales y agrícolas que admiran al viajero.

Sapporo cuenta actualmente 30,000 habitantes. Hasta la fecha la inmigración ha sido escasa, hecho que quizás debe atribuirse á ser Sapporo una ciudad administrativa, fundada y sostenida por el Gobierno. Vimos anteriormente que la ciudad de Hakodaté arrastró lánguida existencia mientras sufrió el influjo gubernamental, y hasta que de él se vió libre no entró en vías de franco progreso. Siendo Sapporo centro de la administración del Yeso, no podrá librarse del contacto de estas gentes: largo tiempo, pues, deberá seguir vegetando antes de ser verdaderamente próspera. Trátase actualmente de edificar cuarteles. Serían para la ciudad nueva fuente de vida, pero fácil es preveer que transcurrirán largos años antes que el número de sus habitantes iguale al de los que cuenta Hakodaté (70,000 almas).

Tiene además otro rival: Otaru, floreciente puerto comercial, distante quince leguas en la costa Occidental.

En tierra aina

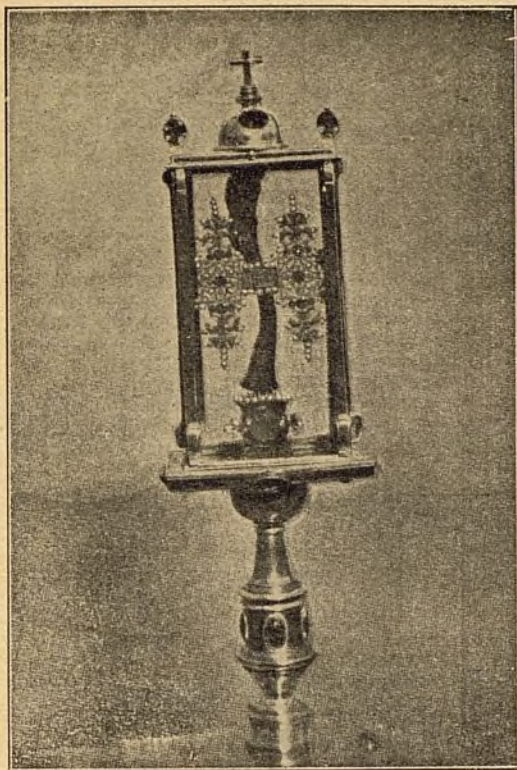
I

14 Junio.

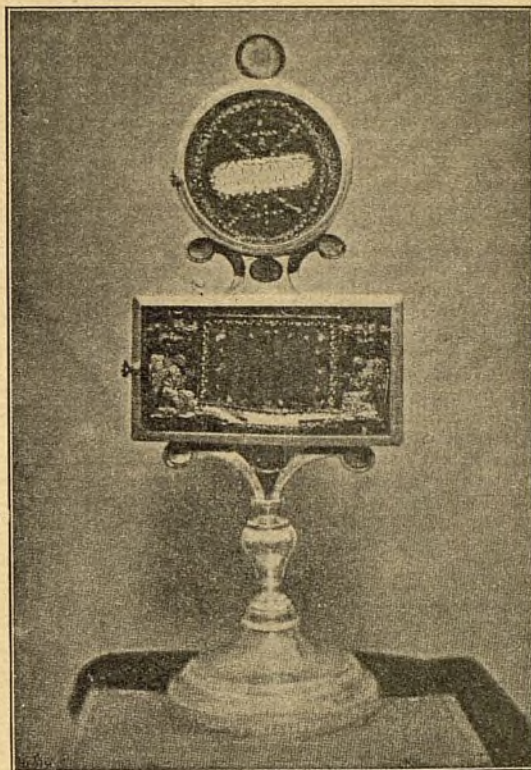
Hemos terminado la etapa primera de nuestro viaje. Acabamos de recorrer la porción más adelantada del Yeso, aquella en la cual la civilización muéstrase floreciente, triunfante. Seguiremos el viaje dirigiéndonos hacia el Norte.

Una jornada de ferrocarril, larga de catorce horas, nos conduce en dirección contraria á la que veníamos siguiendo. Sin embargo, no regresamos á Mororan. Nos detendremos en Toma-komai, poblado distante algunas horas del punto de partida de la línea, y desde él llegaremos á la costa del Pacífico. Es punto de partida para todos los viajeros que emprenden la penosa expedición del Shimobasho (costa Este del Yeso).

Sapporo, Iwamizawa, Nopporo, Ebetsu, Oiwake, pasan lentamente ante nuestros ojos después de tardar no poco en aparecer. Son á manera de movibles oasis, henchidos de vida al centro del bosque inmenso, calmoso, secular, á través del cual corre el tren que nos conduce. Vemos los mismos pequeños villorrios de activos colonos escondidos entre seculares encinas y arces, iguales pedazos de cielo azul sobre las lejanas monta-



CLAVÍCULA IZQUIERDA DEL CUERPO DE LA SANTA
MADRE TERESA DE JESÚS



CORREA Y PAÑITO CON SANGRE DE LA SANTA MADRE
TERESA DE JESÚS

ñas; sólo éstas mudaron de aspecto, pues dejaron el blanco ropaje de invierno. Los mismos campos sembrados de cortados troncos, y en los cuales trabajan algunos colonos medio desnudos, y luego siempre el bosque inmenso de gigantescas columnas que surgen altivas de la madre tierra, y cuya cabeza piérdese entre las otras cabezas de hojas y ramas enlazadas por lianas seculares que viven unidas á las ramas poderosas.

Las cinco de la tarde serían cuando llegamos á Tomakomai, donde debemos pasar la noche.

II

15 Junio.

J'appelle un chat un chat...

Tilburí deberé llamar al vehículo que nos conduce corriendo á todo correr por la arenosa carretera de Mukawa, á pesar de ser una caja grande, sin bancos, unida á un par de ruedas. Nada mejor hallamos esta mañana al salir del hotel para salvar las siete leguas que nos separan del citado pueblo.



YESO (Japón).—En pais aino. Pasando un río.

Vednos, pues, acurrucados el Ilmo. Berlioz y vuestro servidor, lo mejor posible y el equipaje entre piernas. Llevábamos por cochero un joven aino cuya edad no excedería de veinte años: cara larga, afeitada, pues las costumbres del país prohíben al hombre usar barba antes de cumplir treinta años. Dicho adorno es privilegio del hombre y del anciano.

Llevaba el cochero muy largo cabello: los ojos negros y oblongos, como los de los blancos, respiraban ternura. La degradación del salvaje reflejábanse profundamente en aquella fisonomía vaga que no indicaba pensamiento alguno ni sentimiento noble: fácil es adivinar que la animalidad predomina en aquel ser andrajoso.

A galope tendido lanza el caballo á pesar de las piedras y hoyos del mal conservado camino. El carruaje, próximo con frecuencia á volcar, volaba, hacía no imaginables cabriolas, y nosotros, en confuso remolino con todo el equipaje, procurábamos disminuir la fuerza del choque contra las tablas de aquella mala caja, sin lograrlo á pesar de los inauditos esfuerzos que hacíamos para mantenernos quietos, pegados á los ángulos del carromato infernal.

Con amables palabras advertimos al conductor cuán acertado fuera avanzar despacio siendo el camino malo, dejando el correr para cuando era bueno ó regular. Quedóse mirándonos muy abiertos los ojos con tonta mirada, que parecía decirnos era superior á su inteligencia aquella observación: y continuó riendo y zurriagando al caballo. Nos disgustamos. Entonces sin dejar de reir, á pesar de vernos encolerizados, pareció comprenderlo y pudimos respirar.

Dejábamos las altas montañas de Taruma que circuyen un lago salvaje, y costeamos el Pacífico. La sábana inmensa de agua diáfana extiendese tranquila cual llanura que no tiene fin. Muchas leguas andamos, viendo siempre el mar á la derecha, festoneado de olas de plata que se extienden sobre la arena de la playa. A la izquierda incultas tierras, tristes llanuras que lejos, muy lejos, limitan veladas montañas.

Raras veces vemos sobre la costa corto grupo de pobres viviendas, son los pueblos de los marineros. Al centro de todos ellos levántase alta torre coronada de pequeña plataforma. Son observatorios desde los cuales los pescadores mirando el mar conocen la presencia del pescado.

Triste, desolado, monótono es el terreno que vamos cruzando, y levantándose densa niebla viene á añadirle nueva melancolía. Es la actual estación la de la niebla, y forzoso será acostumbarnos á huésped tan inoportuno y molesto para los viajeros, cuanto peligroso para naves y juncos que navegan costeano.

Al mediodía corta parada en más que modesto poblado cuyo nombre olvidé, y en el cual comimos. Colocámonos otra vez en el antiguo carro, y seguimos avanzando entre la niebla cada vez más densa.

Varias veces la niebla, tan frecuente en esta estación, desaparece en un momento de igual manera que un momento le bastó para formarse. Esta tarde lo hemos visto. Desvanécense de súbito las nubes densas, y

radiante aparece el sol cuando entramos en Mukawa, pueblo japonés: cuarenta casas nuevas y elegantes reclinadas á la sombra de copudos arces, y extendiendo su vista por el mar azul.

Nos detenemos en la posta, llamada en la lengua del país *Ehitei*; en ella encuéntranse casi siempre caballos para proseguir el viaje.

(Continuará).



El árabe ciego

ENVUELTO en su blanco albornoz y descalzo, apoyaba su escuálido brazo en un grueso bastón. Frecuentemente en toda la extensión del camino, que recorría sin guía alguno, se detenía para escuchar los ruidos que llegaban á sus oídos.

Había caminado tanto que cuando llegó á la puerta del monasterio de Staouéh, la fatiga lo aniquilaba.

Buscó el ángulo de la acera, y así pudo dirigirse hacia los olmos. Sentado á la sombra arregló su fez blanco, y luego arrodillado recitó una plegaria.

Apenas había concluido, cuando un transeunte se inclinó para estrecharle la mano. Yo pregunté:

—¿Quién es ese hombre?

Y el árabe fué quien dijo:

—Un francés, señor.

El timbre extraño de su voz me produjo una impresión penosa.

El árabe quedó entonces inmóvil.

Supliqué al hombre que le había estrechado la mano que me informara.

—Este ciego ha salvado á tres mil franceses.

—Escuche V., señor. ¿Usted habrá oído hablar de la insurrección árabe en 1871?

—Sí.

—Aquello fué terrible: fué la sublevación de aquellas gentes que no habían podido, desde hacía muchos años, proclamar la guerra santa abiertamente. Se creían esclavos, cuando al contrario nosotros los tratábamos con consideración. Todos acudieron á alistarse bajo el estandarte del profeta. Las peregrinaciones de los morabitos y los cantos de los versículos del Corán se multiplicaron de un modo incalculable.

Los jeques anunciaban la mutilación de la Francia por la Alemania, la muerte de nuestros últimos soldados... En todo eso se creyó durante una semana.

En las «Portes de Fer» un jefe intrépido, poco después consagrado emir, Bou-Ameza, guardaba vigilante los pasos.

La pequeña columna que operaba contra él, vendida por tiradores argelinos que permanecieron fieles á la causa de sus hermanos, se vió obligada á retroceder para evitar un desastre.

Para salvar aquel país en que el hierro y el fuego hacían una obra terrible de destrucción, una nueva columna formada en Bouiras resuelta á soportar todos los sacrificios y á deslizarse prudentemente por pelotones á través de los bosquecillos de azofaifos de la montaña, iba en fin á franquear la garganta y á derrotar los contingentes árabes, para volver á bajar á conquistar la llanura.

Mahommed-ben-Atchmet, á quien acabáis de ver, es un pobre diablo, permaneció neutral, y vivía miserablemente en una cabaña aislada, con su mujer y cinco hijos, del producto de un terreno mediocre.

Colocado entre los ejércitos enemigos, temía igualmente los excesos que cometieran las tropas insurrectas, y los soldados encargados de la represión.

Sorprendióse una noche al ver entrar en su casa á un jinete de buena figura, con albornoz de seda roja, cargado de armas damasquinas: esa aparición á tal hora, hacía reflejar en su frente una obscuridad que denunciaba sus sombríos pensamientos.

Un subalterno que lo seguía anunció al agricultor: —¡Bou-Ameza!

Y Mohammed, tembloroso, arrojó rápidamente en el suelo una trenza de esparto, diciendo:

—Emir, aquí estás en tu casa. ¿Quieres aceptar unas tortas de maíz?

El Emir hizo una señal negativa, é indicó que no aceptaba sino el hospedaje.

Afuera la lluvia caía sobre los jinetes que se extendían en interminable línea, mientras que el viento sacudía los cactus.

Todos los hombres, inmóviles con la brida de su caballo echada al brazo, esperaban que pluguiera á Allah cerrar las esclusas del cielo. Refugiados en el fondo de la choza la mujer y los hijos del pobre, trataban de ocultar sus rostros bajo sus harapos.

Luego fué introducido ante el Emir, un turco de la columna francesa. Seguro de que sería colocado de centinela á media noche en la puerta del campamento, venía á vender sus servicios y el santo y seña á Bou-Ameza, y gracias á la complicidad de algunos más, se podría asesinar á los «roumis» sin dejar uno.

El huésped había oído pronunciar el nombre del jefe del destacamento que debía ser exterminado, el coronel B..., á quien él debía la vida; he aquí en qué circunstancias: tomado con las armas en la mano en 1864, poco después de haber firmado su sumisión á Francia, la sentencia del Consejo de guerra lo condenó á muerte, y ya iba á ser pasado por las armas, cuando al amanecer, en el instante de la ejecución, el comandante B... escuchó la plegaria de Mahommed.

El labrador recomendaba sus hijos á Mahoma.

—¿Tienes hijos? ¿cuántos?

—Cuatro.

—¿Y una mujer?

—Una sola.

—¿Y eres pobre?

—Allah vela por nosotros y nos distribuye el pan.

El oficial se dirigió al sargento:

—Corta las ligaduras que atan á este hombre.

—Mahommed, ve á decir á tus hijos que los franceses son generosos.

¿Y crees que el hijo de Achmet podía haber olvidado esta gracia?

Un traidor iba á entregar á su bienhechor al acero de los árabes.

Esta alma altiva luchó antes de tomar una resolución. Por fin, el deseo de salvar al coronel prevaleció sobre las demás consideraciones.

El Emir dormía delante del brasero. Arrastrándose hasta el enrejado que servía de puerta, Mohammed salió sin hacer ruido, ni decir una palabra á su mujer, que estaba inquieta.

En los estribos de la montaña estaba acampado un ejército. El árabe descendió á la llanura por un sendero tortuoso; pero le fué preciso parlamentar con el centinela antes de ser conducido á la presencia del coronel B...

Cuando regresó á toda prisa, se admiró de encontrar una guardia numerosa colocada alrededor de su choza. En la cabaña, iluminada por una antorcha, no estaban ya ni la mujer ni los hijos, sino Bou-Ameza solo, que daba la espalda á una gran fogata.

—Yo sé de dónde vienes: te han seguido. Hay una pena reservada á los traidores.

Esta amenaza no hizo bajar la cabeza á Mohammed. La idea del deber cumplido le inspiró fortaleza. A la orden de rodillas se resistió...

El Emir descubrió el fuego, y el árabe vió que allí se calentaba la hoja de una espada.

—Es para ti.

¡Qué horrible suplicio le preparaba!

Ataron al condenado, y cinco minutos después cuando el acero arrojaba chispas sobre las brasas, un kabilá, servidor y verdugo del jefe, la acercó á los ojos del aldeano.

Los músculos de su cara se contrajeron. Mostró sus dientes que rechinaron, al par que sus párpados chiriaban y se encogían, pero no dió un grito.

La noche eterna había desplegado su negro manto ante él, en un solo instante.

Ya llegaba á sus oídos el galope de todo un cuerpo de caballería, y Bou-Ameza, temeroso de ser envuelto por los zuavos, volvió á bajar la montaña no sin empujar por delante á la mujer y los hijos del ciego, á quien jamás debía volver á encontrar.

El ciego permaneció horas enteras acurrucado, torturado por indecibles sufrimientos.

—Y ¿por qué lo he visto mendigando?

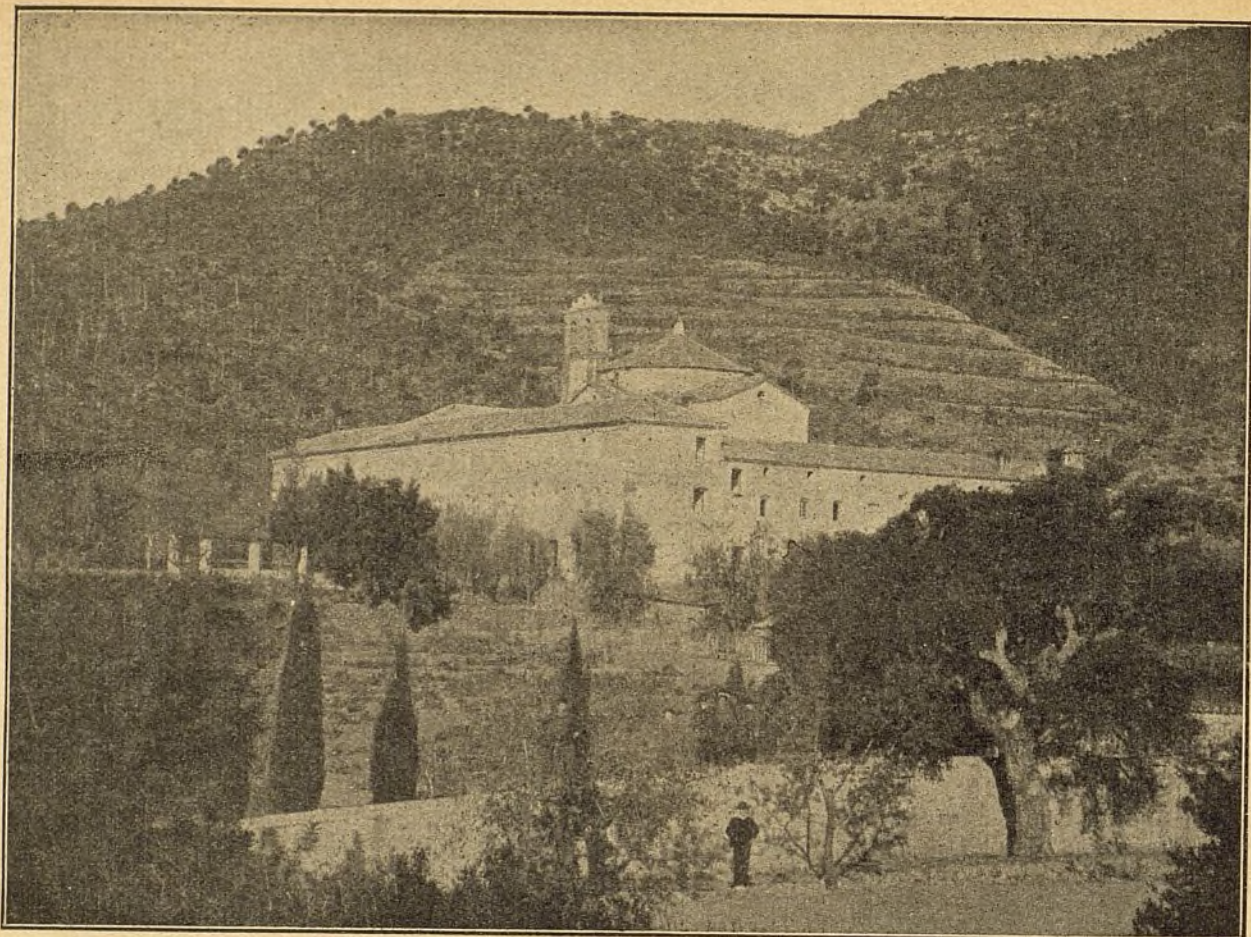
—¡Mendigo! Usted se equivoca, señor. El coronel B... reconocido, le ha comprado una casita á tres leguas de Staonell. El Gobierno le pasa una pequeña pensión, y viene aquí todos los domingos, con el único objeto de estrechar la mano de su bienhechor.

El hombre me indicó con el dedo la Trapa.

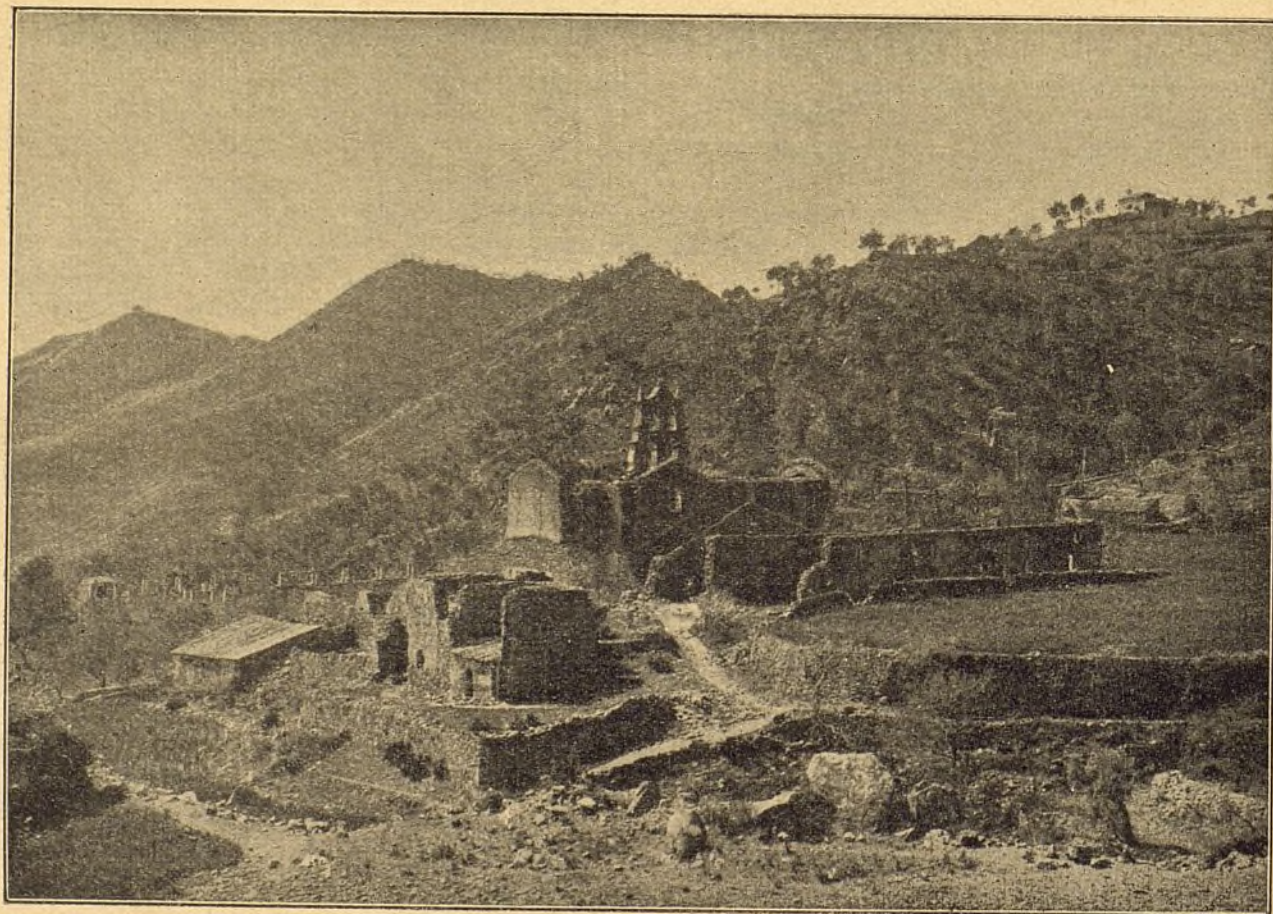
—El está allá... junto con esos monjes silenciosos. Aquí está el Hermano portero que se dirige hacia el ciego. Ha recibido orden de introducirlo al locutorio.

A su llamamiento, el árabe se levantó y sonrió, nosotros lo vimos apoyarse en el brazo del cenobita y desaparecer bajo el pórtico de esta casa, que lleva como muestra la divisa del mariscal Bugeaud: *Ense et aratro*.

EDOUARD GACHO.



DESIERTO DE LAS PALMAS.—Vista exterior del célebre monasterio de Padres Carmelitas de este título



DESIERTO DE LAS PALMAS.—Ruinas del monasterio viejo, hoy deshabitado

EL CRUZADO

Leyenda

POR FRANCISCO HERNANDO

(Continuación)

—Pudiera ser, pero lo dudo; sobre todo cuando el cadáver de ese caballo nos indica que ha ocurrido por aquí una desgracia.

—Pues se me figura que no hay nadie, y que lo mejor que podemos hacer es llegarnos á la abadía y averiguar de quién sea el caballo.

Vacilaba el más anciano en seguir este partido; mas viendo que nada descubrían por más que á todas partes miraban, dando un suspiro y recitando una oración echó á andar hacia la abadía. De repente se detuvo y dió un grito.

—¿No veis, hermano, dentro de aquella mata brillar un objeto?

Miró el joven al sitio que le designaba el anciano, donde en aquel momento daba el sol, y en efecto vió uno de sus rayos reflejarse en un objeto metálico.

Una vez fijas sus miradas no tardaron en reconocer que dentro del matorral había no sólo un objeto metálico, sino un cuerpo humano. Entonces la caridad hizo lo demás, porque naturalmente resolvieron no salir de allí sin auxiliar á la persona caída. Deslizóse el más joven de los monjes hasta las matas, donde reconoció que el Conde alentaba todavía; y á costa de grandes esfuerzos y ayudándose de las cuerdas que llevaban para ceñirse los sayales, lograron subirle á la senda.

Ninguno de los dos conocía á la persona que acababan de salvar, pues el Conde tenía tantos arañazos y heridas en la cara, que se había hecho al rodar contra piedras y ramas, que la sangre que por ella corría le desfiguraba.

—Por su traje parece un caballero, dijo uno de los monjes.

—Lo que parece, respondió el más joven, un milagro es que el que no haya rodado hasta el fondo, el que se haya detenido hasta llegar nosotros, y el que oyéramos su invocación á la Virgen.

—Ya sabéis que jamás se ha oído decir que

ninguno la haya invocado en vano, ni implorado en valde su protección, dijo el más viejo; y después de restañar la sangre y de curarle como pudieron, cargaron con él y le llevaron la media legua que les separaba de la abadía, sin que en todo este trayecto, que con los descansos que se vieron obligados á tomar duró más de una hora, volviese el herido á su conocimiento.

Al llegar á la abadía le instalaron en una habitación inmediata, y comenzó el hermano enfermero á curarle con solcito cuidado. Lavóle las heridas de la cara con un bálsamo, cuyo secreto sólo los monjes conocían, y le reconoció las articulaciones, encontrando fracturada la rodilla derecha. En aquel momento el Abad de Cleard, enterado de lo que ocurría, bajó á ver al herido, y al reconocer al conde de Thiery exclamó: «¡Cuán grande es vuestra justicia, Dios mío; pero también cuán grande es vuestra misericordia!»

Y desde aquel momento el santo Abad instalóse á la cabecera de la cama, decidido á servir de enfermero á su antes implacable enemigo.

Reanimado el Conde por las medicinas que le dieron, no tardó en recobrar el sentido, y empezó á mirar con asombro el sitio donde se encontraba.

—¿En dónde estoy? preguntó con voz apenas perceptible.

—En la casa de Dios, entre vuestros hermanos, contestó el Abad.

—Loado sea Dios, añadió entonces el señor de Thiery; y volviendo un poco la cara encontróse con la del Abad, á quien reconoció en el acto.

—Habéis vencido, habéis vencido, exclamó el Conde con acento de profunda pena, y aquí me tenéis á vuestros piés.

—Dios solo es el que vence, dijo con dulce tono el Abad; que lo que es yo no estoy aquí más que para servirlos, tanto que si mi presencia os molesta me retiraré.

—No, no, dijo el Conde, sólo vos debéis oírme, porque vos solamente podéis hacer lo que necesito antes de morir. Oídme, pues.

—No pienso que el peligro sea tan inmediato, y por lo tanto mejor fuera que ahora descansara, repuso el Abad, notando que el Conde se debilitaba al hablar.

—Entre tanto escribid á mis servidores, y decidles de mi parte que acompañen aquí á la baronesa de Beaumont. Necesito verla antes de morir. Decid-selo también vos para que venga sin cuidado, y en cuanto acabéis de escribir volved á verme.



Afortunadamente dos de los escuderos que por la mañana habían salido de caza con el Conde, pasaron por la abadía después de buscarle infructuosamente, y supieron que allí se encontraba mal herido. Entraron á verle, y él mismo les dió las órdenes convenientes, con las cuales y con la carta del Abad para la Baronesa, salieron poco después de anochecer en dirección á Thiery.

El Conde se empeñó en confesarse aquella misma noche, dando tales muestras de arrepentimiento que el Abad se conmovió al oírle.

—Ya que Dios me ha concedido este espacio para que conozca y llore mis culpas, quiero corresponder á su gracia, no sólo arrepintiéndome, sino reparándolas en lo posible. Os ruego, dijo el Abad, que escribáis á mi hijo Augusto en este sentido.

Quedóse el Abad silencioso y cortado al oír esta petición, pues precisamente aquella mañana había recibido una carta de un monje de los que acompañaban á los cruzados, dándole cuenta de la toma de Jerusalén y del entierro de Augusto. Y naturalmente, ni se atrevía á dar esta noticia al Conde en aquel momento, ni quería dejarle morir con la idea de que su hijo vivía.

Mas el Conde, que notó el silencio del Abad, sacóle de dudas preguntándole si sabía algo de su hijo, á lo que el anciano contestó:

—Sé que le veréis muy pronto.

—Sí, en el cielo, contestó el Conde, adivinando lo que el Abad quería decirle. Y dando un suspiro añadió: ¡Cómo ha de ser! Le he tenido abandonado mucho tiempo, y ahora que le quería, Dios me lo quita!

—Ofreced á Dios este sacrificio, dijo el Abad.

—¡ Soy el último de los Thierys, añadió el Conde; el último, el último! y sin poder contenerse empezó á sollozar.

Consolóle el Abad con la exquisita caridad que le distinguía, y contóle la admirable y cristiana muerte que su hijo había hecho, sin olvidarse de añadir que su mejor amigo era el barón de Beaumont, y que Augusto al morir le había encomendado su gente.

—¡Y yo entre tanto, añadió el Conde, pagaba con crímenes los favores que Beaumont hacía á los míos!

—Ya veis, Conde, cómo Dios castiga; vos habéis perdido los hijos que tenáis.

—¡Oh! sí, Dios es justo al castigarme; pero no merezco los favores que ahora me hace.

—Pero los merecía la Santísima Virgen á quien os encomendasteis.

—A pesar de mis crímenes y de mi alejamiento de la Iglesia, conservé siempre cierta devoción á la Madre de Dios, que ahora me paga con creces.

Quedó el Conde breve rato silencioso, como dando las gracias, y en seguida añadió:

—Quiero dictar mi testamento antes que pierda la cabeza, porque voy sintiéndome débil.

El Abad al oírlo se retiró, é hizo entrar á un escribiente, al que dictó el Conde su última voluntad, sellándola con su sello.

El resto de la noche lo pasó con grandes dolores, pero en medio de sus sufrimientos no se le oyeron otras palabras que los dulcísimos nombres de Jesús y de María, que frecuentemente invocaba.

XIII



NUNCA, desde que estaba prisionera, había tenido Inés de Beaumont menos esperanzas de recobrar su libertad que el día en que estos acontecimientos

ocurrían. Parecíale ya que cuatro meses largos que llevaba de encierro eran tiempo más que suficiente para que el Abad hubiera conseguido algo, ó para que éste hubiese escrito al Barón, si es que vivía, y hubiese venido á libertarla; y como nada de esto ocurría, pensaba que ya no había esperanza alguna de salvación. Sólo sentía la falta de libertad por su hija, que en cuanto á ella, considerándose viuda, le era indiferente vivir en una parte ó en otra. Pero además, á fuerza de cavilar en las causas de su prisión, se le había ocurrido que el Conde la tenía encerrada con objeto de darla en matrimonio á uno de sus hijos, y esta idea la atormentaba aún más que todas sus desgracias. «Querrá, decía Inés, legitimar de algún modo su usurpación, y el día menos pensado vendrá á ofrecerme la libertad y mi casa á cambio de mi casamiento con uno de sus hijos, pero eso nunca, nunca lo logrará.»

No andaba muy descaminada la Baronesa al atribuir al Conde semejante proyecto, porque en efecto lo acariciaba hacía tiempo; pero ignoraba que Dios no quería someterla á esta nueva prueba, y que había desbaratado los planes del Conde completamente. Ignorándolo todo, Inés no podía tener esperanza humana, pero seguía confiando en Dios, y hallábase resignada y dispuesta á sufrir cuantos males le enviara en adelante.

¡Cuántas veces se acordó en los días de encierro de la conversación que tuvo con el Barón al partir éste para la guerra! ¡Cuántas veces recordó que al envidiar las penas y trabajos que iba á arrostrar, reprendióla el Barón cariñosamente, y la dijo como en tono profético: «¡Quizás Dios te guarde otros mayores que los que voy á pasar!» Y al recordar estas palabras veía Inés que eran, en efecto, muy pequeños todos los trabajos que pudiera pasar un guerrero, en comparación del dolor que le causaba la pérdida de su hijo y la falta de noticias de su marido; pues todas las penas de la guerra hubiera pasado con gusto por recobrar al primero ó por tener noticias del segundo.

Y á pesar de que ambos le habían desgarrado el corazón y amargado por completo la vida, Inés no se quejaba de su suerte, y bendecía á Dios, quien en cambio la pagaba dándole fortaleza para sufrir con paciencia la triste situación en que se encontraba, situación cuyo término aún no veía.

Al anoecer del día en que se cayó el Conde, Luisa le dijo:

—La gente del castillo está alarmada, porque el Conde no ha vuelto.

—No veo el motivo, contestó la Baronesa; otras veces también tarda en volver.

—Es que salió esta madrugada de caza, y hace poco volvieron cuatro de los que fueron con él, diciendo que le habían perdido de vista á las diez de la mañana, y que por más que habían hecho no habían podido saber su paradero. Otros dos escuderos tampoco han vuelto.

—Pues con ellos estará el Conde.

—No, porque tampoco estaba con éstos cuando se perdió: ahora van á salir otros á buscarle, pero muchos piensan será inútil, porque el Conde amaba la caza peligrosa, y quizás haya perecido.

Esta noticia causó á Inés cierto sobresalto, porque hasta entonces no se le había ocurrido que muriera el Conde dejándola encerrada y á merced de sus servidores; pero su corazón generoso sólo pensó en que el Conde podía encontrarse en grave peligro, y se puso á orar por él.

En toda la noche no durmió, ni Luisa tampoco. Esta última vió volver á altas horas con hachones encendidos á algunos de los que habían ido á buscar al Conde, y por sus gestos y los de toda la gente de la casa comprendió que no habían adquirido ninguna noticia. Una hora antes de amanecer oyó grandes rumores, y vió entrar á los dos escuderos que habían desaparecido, y que llegaban jadeando y cubiertos de polvo. Todos los demás servidores les rodearon, y formóse un grupo, al que estuvieron dando explicaciones.

—Estos traen noticias, dijo Luisa á la Baronesa, pero no traen al Conde; evidentemente le ha pasado alguna desgracia.

—Que Dios le perdone como yo le perdono.

Mientras decía esto, oyó dar dos golpes en la puerta de su cuarto.

—¡Llamar á estas horas! dijo Luisa, algo grave ocurre.

—Abre corriendo, exclamó la Baronesa.

La criada abrió y dió paso á uno de los recién

llegados, quien saludando con respeto á la Baronesa, le entregó un pergamino.

—¿Y el Conde? preguntó ésta antes de leerlo.

—Vive todavía, contestó el interpelado; pero no por mucho tiempo.

—¿Qué desgracia le ha ocurrido?

—Cayó esta mañana á un precipicio, de donde le sacaron los monjes de Cleard, en cuya enfermería se encuentra.

—¡El Conde agonizando en Cleard! exclamó la Baronesa, sin poder contenerse.

—Sí, señora, y el Abad me ha dado esta carta para vos.

Inés al oír esto se apresuró, más conmovida aún, á desarrollar el pergamino, cuyas líneas recorrió precipitadamente.

—¡Pronto, un caballo, un caballo! gritó al acabar su lectura.

—¿La señora va á salir á estas horas?

preguntó Luisa sorprendida.

—Sí, sí; el Conde quiere verme antes de morir, y el Abad me ruega que por caridad vaya. No hay tiempo que perder.

El escudero entonces dijo que en seguida estaría preparado un corcel y una escolta para la señora, y salió á dar las órdenes.

Entre tanto Luisa preguntaba á la Baronesa: «qué más sabía del Conde,» y ésta le contestó:

—Sé que morirá como cristiano, que desea mi perdón, y que nos devuelve la libertad.

—Grandes noticias son, señora.

—Sí, pero para mí es mucho mayor la de que Jerusalén fué tomada el día 15 de Julio, y que en aquella fecha vivía mi marido.

—¿Cómo sabéis eso, señora?

—También me lo dice el Abad en su carta. ¡Loado sea Dios, loado sea Dios, que tantos bienes me concede!

Inés, dejando á su hija á cargo de Luisa, salió del castillo de Thiercy á eso de las seis de la mañana, y apresurando el paso á su cabalgadura, llegó á Cleard acompañada de una docena de servidores del Conde, antes de medio día.

—No esperaba menos de vos, hija mía, dijo el Abad, que advertido de su presencia salió á recibirla.

—¿Y el Conde? preguntó Inés después de besar la mano al Abad.

—Como si Dios le conservara la vida para que llevase á cabo el acto de reparación que desea, vive todavía y os espera por momentos.

(Se continuará.)



SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Pedro I. Alcorta, de Elgoibar. 1 pta.

MARICIELO

novela original de la distinguida escritora católica

Aurora Lista

Ilustraciones de Ricardo Opisso
Artística cubierta á dos tintas.

Precio: 0'50 ptas en rústica,
y 1 pta. elegantemente en-
cuadernada.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona



MUESTRA DE LOS GRABADOS

PARA NOVIEMBRE

El devoto del purgatorio, ó sea Misa y oraciones en favor de las benditas ánimas, por el P. Antonio Donadoni, S. J.—En tela, 1 peseta.

El purgatorio y los sufragios, por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.—En 8.º, 8 centimos.

El dogma más consolador, por id. Explicación del dogma del purgatorio y de sus admirables armonías con la razón y con el sentimiento.—En 8.º, 13 cént.

El cementerio en el siglo XIX, por Mons. Gaume.—En 8.º, 1 pta. en rústica, y 1'75 en pasta.

Por cada diez ejemplares que se tomen de la misma clase de las anteriores obritas, se dan dos gratis en rústica, y uno si son encuadernados.

HOJITAS

9. ¡Rogad por ellos! (Para novenario de almas).—20. La visita al Campo santo.—34. En el Campo santo (con viñeta).—42. Dos visitas. Ferrocarriles de ultratumba.—49. El Corazón de Jesús agonizante (con viñeta).—50. El día de difuntos (con viñeta).—51. Ayuda y consuelo del moribundo.—61. Máximas de los Santos para hacer santos.—62. La cruz del cementerio.—89. Doble aspecto de una cuestión muy personal.—124. Indicador de ferrocarriles (con viñeta).

Se venden á 1'25 ptas. el ciento, y 10 el millar. Franco de portes.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

LOS TRECE MARTES Y OTRAS DEVOCIONES

en honor de

SAN ANTONIO DE PADUA

por el P. Fr. Mariano Fernández García, O. F. M.

DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO

Véndese á 1 real en esta Administración

MÁQUINAS PARA COSER

y hacer calceta

Marca «ESTRELLA»

las más superiores

FRANCISCO FORTUNY

Hospital, 410 y 412, Barcelona

CASA FUNDADA EN 1850

ANTIGUA FABRICA DE TEJIDOS

Y TALLER DE BORDADOS

PARA

ORNAMENTOS DE IGLESIA

HIJOS DE MIGUEL GUSI

DESPACHO: CALL, N.º 6.—BARCELONA

Ornamentos confeccionados en todas
clases — Casullas bordadas en oro y
sedas.

Albas, Sobrepellices, Roquetes, Amitos, Lavabos, Purificadores y Sabanillas para altar.—Cingulos, Fiadores, Borlas y Flecos en todas clases. Encajes en hilo y bordados en oro. Cintas para Amitos. Terciopelos, Rasos, Damascos, Imperiales, Tercianelas, Noblezas, Brocateles, Espolines, Moaré, Gros, Glacé, Lamas y telas plata, Tisúes en oro y plata para bordar, Merinos, Casimires, Anascotes, Estameñas para trajes talares, Cálices, Custodias, Candelabros y demás artículos de metal en todas sus calidades, Imágenes de talla en todas clases.

HOMEOPATÍA

Cajas, carteras, botiquines, desde 6 á 500 pesetas. Obras de Homeopatía de todos los autores. Tinturas, trituraciones, glóbulos, diluciones y todo lo relacionado al sistema. Unica Farmacia Homeopática aprobada por la Academia Médico-Homeopática. Calle Santa Ana, 5.

SOLUCIÓN

de Fluoruro Fosfato de CAL SEGURA. Cura el Raquitismo, Debilidad general, Enfermedades de los Huesos, Tuberculosis en su primer período. Es muy útil su uso durante el embarazo.

VENTA: FARMACIA SEGURA, BAÑOS NUEVOS, NÚM. 8

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona